

EUGENIA DE FRANVAL

Marqués de Sade

El único motivo que nos mueve a escribir esta historia es la instrucción de la humanidad y el mejoramiento de su modo de vida. Es de desear que todos los lectores descubran el enorme peligro que siempre corren aquellos que hacen lo que quieren para satisfacer sus deseos. Que puedan convencerse que la buena crianza, las riquezas, el talento y las dotes naturales sólo sirven para desviar al individuo cuando la limitación, la buena conducta, la sabiduría y la modestia no están allí para sostenerlos o utilizarlos de la mejor manera: éstas son las verdades que vamos a llevar a la acción. Que no sean perdonados los detalles poco naturales del horrible delito que nos veremos obligados a relatar; ¿acaso es posible que estas desviaciones sean detestables si uno tiene la valentía de presentarlas abiertamente?

Es raro que en un mismo ser todo armonice para conducirlo a la prosperidad; si ha sido favorecido por la naturaleza, la fortuna le niega sus dones; si la fortuna es liberal con sus favores, la naturaleza lo trata mal; pareciera que la mano del Cielo deseara mostrarnos que en cada individuo, como en sus acciones más sublimes, las leyes del equilibrio son las primeras del Universo, las que simultáneamente regulan todo lo que pasa, todo lo que vegeta y respira.

Franval, que vivía en París, donde había nacido, poseía, además de una renta de 400.000 libras, la más hermosa figura, el rostro más agradable y los más variados talentos; pero por debajo de este exterior atractivo yacían ocultos todos los vicios, y lamentablemente aquellos cuya adopción e indulgencia habitual conducen tan rápidamente al delito. La imaginación más libre que nadie pudiera detallar era el primer defecto de Franval; hombres de su calidad no se enmiendan, la declinación del poder los empeora; cuanto menos puedan hacer, tanto más emprenden; cuanto menos logran, tanto más inventan; cada edad acarrea nuevas ideas, y la saciedad, lejos de enfriar su ardor, sólo prepara el camino para refinamientos más fatales.

Como decíamos, Franval poseía en cantidad todas las amenidades de la juventud, todos los talentos que la realzan, pero puesto que mostraba el mayor desdén por las obligaciones morales y religiosas, fue imposible que sus tutores le hicieran adoptar ninguno de ellos.

En un siglo en que los libros más peligrosos están en manos de los niños como en las de sus padres y maestros, cuando la temeridad de la contumacia se considera filosofía, la falta de creencia, fortaleza y la licencia, imaginación, el ingenio del joven Franval era recibido con risa, poco después se lo reprendía por el mismo, y finalmente se lo elogiaba. El padre de Franval, gran partidario del ergotismo de moda, era el primero en impulsar a su hijo para que pensara seriamente en estos asuntos; él mismo le facilitaba todos los trabajos que pudieran corromperlo más rápidamente; ¿qué maestro

hubiera osado, después de esto, inculcarle principios diferentes a los de la casa donde estaba obligarlo a agradar?

Pero Franval perdió a sus padres cuando todavía era muy joven, y a la edad de diecinueve años un viejo tío, quien murió poco después, le asignó al arreglar su casamiento, todas las posesiones que algún día iban a pertenecerle.

Monsieur de Franval, con semejante fortuna, pronto encontraría una esposa; un número infinito de candidatas se presentó personalmente, pero puesto que él solicitó al tío de entregarle solamente un niña más joven que él, y con la menor cantidad posible de gente que la rodeara, el anciano pariente, para satisfacer a su sobrino, hizo recaer su elección sobre cierta mademoiselle de Farneille, hija de un financista, quien sólo tenía su madre, todavía joven, pero con 60.000 libras de renta; la niña tenía quince años y poseía la más deliciosa fisonomía de París en aquel tiempo... uno de esos rostros virginales, en los que la inocencia y el encanto se funden en los trazos delicados del amor y las gracias... delgado cabello rubio flotaba hasta más abajo de su cintura, enormes ojos azules que expresaban ternura y modestia, una figura estilizada, flexible y grácil, con una piel color de lila y la frescura de la. rosas, talentosa, de vívida imaginación, pero con cierto aire de tristeza, algo de esa suave melancolía que lleva al amor por los libros y la soledad; atributos éstos que la naturaleza sólo parece otorgar a los individuos a quienes su mano conduce a la desdicha, como para hacerla menos amarga, a través de la sobria y emocionante voluptuosidad que ellos experimentan al sentirla, y que los hace preferir las lágrimas al goce frívolo de la felicidad, mucho menos efectivo y penetrante.

Madame de Farneille, quien contaba con treinta y dos años cuando su hija casó, también era espiritual y atractiva, pero quizá demasiado reservada y severa; puesto que ansiaba la felicidad de su única hija, consultó a París entero acerca de esta unión; y dado que ya no tenía parientes y sus únicos consejeros eran algunos de los viejos amigos para quienes todo era indiferente, la gente la convenció de que el joven que se ofrecía a su hija, era, sin lugar a dudas el mejor que podría encontrar en París, y que cometería una locura imperdonable si no consentía la unión; por lo tanto ésta se celebró, y los jóvenes, que eran lo suficientemente ricos para tener su propia casa, se instalaron en ella de inmediato.

En el corazón del joven Franval no había cabida para los vicios de la frivolidad, es decir, el desasosiego y la estupidez que impiden que un hombre se desarrolle plenamente antes de los treinta años. Se conocía a sí mismo perfectamente, gustaba del orden y era perfectamente capaz de llevar adelante una casa. Franval poseía todas las cualidades necesarias para este aspecto del placer de la vida. Sus vicios, de una especie totalmente diferente eran antes bien los errores de la madurez que la incoherencia de la juventud... astucia, intriga..., malicia, bajeza, egoísmo, mucha diplomacia y ardid, mientras que todo estaba oculto no sólo por las gracias y talentos ya mencionados sino también por la

elocuencia, el ingenio infinito y por el aspecto exterior más seductor. Este es el hombre que vamos a estudiar.

Mademoiselle de Farneille, quien, de acuerdo con la usanza, sólo había conocido a su marido a lo sumo un mes antes de atarse a él, engañada por su falso brillo, había quedado prendada con él; los días no eran lo suficientemente largos para el placer de contemplarlo, lo idolatraba, y las cosas habían llegado a alcanzar el punto en que la gente hubiera temido por esta joven persona si algún obstáculo se hubiera interpuesto entre ella y el casamiento, en el que ella decía encontrar la única felicidad de la vida.

En cuanto a Franval, tenía ideas filosóficas acerca de las mujeres, como acerca de todas las cosas de la vida, y consideró a esta exquisita persona con absoluta frialdad.

“La mujer que nos pertenece – solía decir –, es una especie de individuo a quien la costumbre ha subordinado a nosotros; debe ser gentil y sumisa... muy recatada, no es que me lleguen los prejuicios de la deshonra que una mujer puede traernos cuando imita nuestra licencia, pero a uno no le agrada la idea de ver que alguien contemple la remoción de nuestros derechos; todo el resto es inmaterial y no agrega nada a la felicidad.”

Cuando un marido piensa de esta suerte, es fácil profetizar que no son precisamente rosas las que se reservan a la desdichada niña que se une a él.

Madame de Franval, honorable, sensible y bien educada, se anticipaba por amor a los deseos del único hombre en el mundo que la ocupara; llevó las cadenas durante los primeros años sin sospechar su esclavitud, no le resultaba difícil ver que sólo estaba sembrando en el campo del matrimonio, pero era muy feliz con lo que le daban, y sus únicos cuidados y mejores atenciones tenían por finalidad que durante los breves momentos concedidos a su afecto, Franval pudiera por lo menos encontrar todo lo que ella consideraba necesario para la felicidad de su amado esposo.

La mejor prueba de todas, sin embargo, que Franval no excluyó de sus obligaciones, fue que durante el primer año de matrimonio su mujer, que entonces tenía dieciséis años, dio a luz una niña más hermosa aún que su madre, y a quien su padre llamó, de inmediato... Eugenia, simultáneamente horror y milagro de la naturaleza,

Monsieur de Franval, quien, tan pronto como la niña nació, trazó sin duda sobre ella los más detestables designios, la separó inmediatamente de su madre. Hasta la edad de siete años, Eugenia fue confiada a los cuidados de mujeres de quienes Franval estaba seguro, que limitaron su dedicación a formar una buena complexión y enseñarle a leer, tuvieron buen cuidado de no darle conocimientos de religión o principios morales, acerca de los cuales, una niña de su edad debe ser instruida.

Madame de Farneille y su hija, muy sorprendidas por esta conducta, se la reprocharon a Monsieur de Franval; él respondió flemáticamente que puesto que sus planes eran hacer feliz a su hija, no quería forzarla con fantasías que sólo logran atemorizar a la gente sin serles útiles; que una cuya única necesidad era aprender a agradar, podía prescindir de esas tonterías, cuya existencia imaginaria, al perturbar la calma de su vida, no le daría ninguna verdad moral adicional ni gracia física. Tales observaciones provocaron enorme desagrado en madame de Farneille, quien, al mismo tiempo que se alejaba de los placeres de este mundo, pensaba cada vez más en el paraíso. La devoción es una debilidad que depende de la edad y la salud. Cuando las pasiones se hallan en su cumbre, el futuro que uno cree muy distante generalmente no preocupa, pero cuando su lengua es menos viva, cuando nos acercamos al final... cuando todos nos abandona, volvemos a refugiarnos en el seno de Dios que oímos mencionar en la niñez, y, si de acuerdo con los filósofos estas últimas ilusiones son tan fantásticas como las otras, por lo menos, no son tan peligrosas.

Como la suegra de Franval ya no tenía parientes, poca reputación, y a lo sumo, como ya dijimos, unos pocos amigos casuales... quienes evitaban asumir responsabilidades si se los ponía a prueba, al tener que luchar en contra de un yerno joven y bien ubicado, imaginó sensatamente que era más simple mantener las apariencias que tomar medidas estrictas con un hombre que arruinaría a la madre y encerraría a la hija si se atrevían a enfrentarlo; madame de Franval sólo aventuró unas pocas observaciones y guardó silencio cuando vio que con esto no lograba nada.

Franval, seguro de su superioridad, al ver que era temido, pronto renunció a todos los escrúpulos en lo concerniente a todo, y a la vez que se contentaba con algunas reticencias, simplemente a causa del público, se encaminó directamente a su horrible objetivo.

Tan pronto como Eugenia tuvo siete años, Franval la llevó a su mujer, y esta madre amante, que no había visto a la niña desde que la había puesto en el mundo, al no poder llenarla de caricias, la retuvo dos horas apretada contra su pecho, cubriéndola de besos y bañándola con sus lágrimas. Quería saber qué talentos poseía, pero Eugenia no tenía ninguno salvo leer de corrido, una salud robusta y ser angelicalmente hermosa. Madame de Franval volvió a sumirse en la desesperación al darse cuenta que era verdad que su hija no tenía la menor idea de los primeros principios religiosos.

“¿Qué es esto, señor? – le dijo a su marido –, acaso la estáis formando sólo para este mundo? ¿No os dignaréis reflexionar que sólo vivirá en él por un momento, como nosotros, y luego se sumergirá en la eternidad, que será sin duda fatal si la priváis de aquello que pueda hacerle gozar allí de un destino feliz a los pies del Ser que le dio la vida?”

“Si Eugenia nada sabe, madame – contestó Franval –, si estas máximas se le ocultan cuidadosamente, no podría ser infeliz; puesto que si son verdaderas, el Ser Supremo es demasiado justo como para castigarla por su ignorancia, y si son falsas, ¿para qué mencionárselas? En cuanto a las otras necesidades de su educación, tened confianza en mí, os lo ruego; a partir de hoy seré su maestro y, os aseguro que dentro de pocos años, vuestra hija habrá dejado atrás a los niños de su edad.”

Madame de Franval trató de insistir invocando la elocuencia del corazón para que apoyara a la de la razón, mientras derramaba algunas lágrimas; pero Franval, que no se dejaba conmover, ni tan siquiera pareció notarlas; hizo que retiraran a Eugenia y dijo a su esposa que si de alguna manera consideraba contraproducente la educación que él esperaba dar a su hija, o si le sugería principios diferentes a aquellos que él se había propuesto inculcarle, la privaría del poder de ver a la niña, y enviaría a ésta a uno de sus castillos del que nunca volvería a salir. Madame de Franval que se había acostumbrado a la sumisión, guardó silencio, imploró a su marido que no la separara de tan preciado tesoro, y prometió, mientras lloraba, no inmiscuirse en forma alguna en la educación que se le estaba preparando.

A partir de ese momento, mademoiselle de Franval fue ubicada en una hermosa dependencia contigua a la de su padre, con una gobernanta muy inteligente, una subgobernanta, una camarera y dos niñas de su edad, quienes estaban allí sólo para solaz. Se le pusieron maestros de escritura, dibujo, poesía, historia natural, declamación, geografía, astronomía, anatomía, griego, inglés, alemán, italiano, junto con instructores para el manejo de armas, baile, equitación y música Eugenia se levantaba todos los días a la siete de la mañana; cualquiera fuera la estación corría por el jardín mientras comía un enorme trozo de pan de centeno, que formaba su desayuno; entraba a las ocho, pasaba un momento en la dependencia de su padre. mientras éste jugaba con ella o le enseñaba algunos juegos de sociedad; hasta las nueve se preparaba para el trabajo; a esa hora llegaba el primer maestro y recibía a otros cinco antes de las dos de la tarde. Comía por separado con sus dos amigas y la principal gobernanta. La comida consistía de verduras, pescado, pasteles y frutas, nunca carne, sopa, vino, licores o café Desde las tres hasta las cuatro, Eugenia volvía a salir al jardín para jugar una hora con sus amiguitas, jugaban juntas al tenis, juegos de pelota, de bolos, de raqueta y volante, o a las carreras; usaban ropa cómoda según la estación; nada apretaba sus cinturas, nunca se ceñían con esos ridículos corsés, que son tan perjudiciales para el estómago como para el pecho, y que al obstaculizar la respiración de una persona joven terminan por dañar los pulmones. De cuatro a seis mademoiselle de Franval recibía más maestros; y como no todos podían hacer su aparición en veinticuatro horas, los restantes venían en el día siguiente. Tres veces por semana, Eugenia iba al teatro con su padre; se sentaba en una caja emparrillada que le alquilaban por todo el año. A las nueve regresaba a la casa y cenaba sólo frutas y verduras. De diez a once, cuatro veces por semana, Eugenia jugaba con las mujeres, leía algunas novelas y luego se acostaba. Los otros tres días, cuando Franval no cenaba afuera, Eugenia iba a su dependencia y empleaba el tiempo en lo que Franval denominaba sus “lecturas”. Durante este tiempo, él le inculcaba a la niña sus máximas

sobre moral y religión; por un lado le mostraba lo que algunas personas pensaban sobre estos asuntos y por otro le exponía lo que él aceptaba personalmente.

Como tenía mucho ingenio, una inteligencia vivaz y pasiones despiertas, es fácil juzgar el progreso que tales ideas tuvieron en la mente de Eugenia; pero como el objeto del indigno Franval no era solamente fortalecer la mente, sus lecturas rara vez terminaban sin despertar las emociones; y este hombre horrible había descubierto con tanta habilidad los medios de complacer a su hija, la seducía con tanto arte, tan imprescindible se hacía en su instrucción y recreo, con tanto ardor se anticipaba a todo lo que pudiera complacerla, que Eugenia, en medio de los más brillantes círculos, no encontraba a nadie tan atractivo como su padre, y aún antes que este último se explicara, la inocente y débil criatura había acumulado en su joven corazón todos los sentimientos de amor, gratitud y afecto, que necesariamente deben conducir al más ardiente deseo; para ella, Franval era el único hombre en el mundo, sólo distinguía a él, se rebelaba ante la idea de que algo pudiera separarla de él, le hubiera dado no sólo su honor, sus encantos – puesto que estos sacrificios hubieran parecido demasiado leves para el conmovedor objeto de su idolatría – sino también su sangre, hasta su vida, si este tierno compañero de su alma lo hubiera pedido.

No era éste el caso en cuanto concernía a los sentimientos de mademoiselle de Franval para con su digna y desdichada madre. Astutamente su padre le dijo que madame de Franval, al ser su esposa, le exigía mucha atención, lo cual hacía a veces imposible que él pudiera hacer por su querida Eugenia todo lo que sus sentimientos le dictaban; había descubierto el secreto de inculcar en el corazón de la joven mucho más odio y celo que los respetables y afectuosos sentimientos que podía despertar madre semejante.

“Amigo mío, hermano mío – solía decir Eugenia a su padre, quien no quería que su hija empleara otras expresiones para con él –, ...esa mujer a quien llamáis vuestra esposa, esa criatura, quien, según vos, me trajo al mundo, debe ser muy exigente, puesto que al quererlos siempre a su lado, me priva de la felicidad de pasar mi vida con vos... Lo veo claramente, la preferís a vuestra Eugenia. Por lo que a mí respecta, nunca amaré nada que aparte de mi vuestro corazón.”

“Mi querida amiga – contestaba Franval –, no, nadie en el mundo logrará adquirir derechos tan poderosos como los vuestros; los lazos que existen entre esa mujer y vuestro mejor amigo son la consecuencia de la costumbre y las convenciones sociales; los observo a la luz filosófica, y nunca lograrán afectar a los que nos unen... siempre seréis la preferida, Eugenia; seréis el ángel y la luz de mis días, el núcleo de mi alma y el propósito de mi existencia.”

"¡Oh, cuán dulces son esas palabras! – contestaba Eugenia –, repetidlas a menudo, amigo mío... Si supierais cuán placenteras son para mí vuestras manifestaciones de ternura."

Tomaba la mano de Franval y la apretaba contra su corazón.

"Sí, sí, las siento todas aquí" – proseguía.

"Vuestras tiernas caricias me lo confirman" – agregaba Franval, mientras la tomaba entre sus brazos... Y de esta forma, sin el menor remordimiento, el traidor completaba la seducción de la desgraciada niña.

Sin embargo, Eugenia llegaba ya a su decimocuarto año, el momento en que Franval deseaba consumir su crimen. Y así lo hizo. ¡Estremezcámonos!

En el mismo día en que llegó a esta edad o mejor dicho, cuando completó su décimo cuarto año, ambos estaban en el campo, sin parientes presentes ni nadie que los molestara. Aquel día, el Conde, habiendo hecho vestir a su hija como las vírgenes que en el pasado se consagraban en el templo de Venus, la condujo, a las once de la mañana a un salón voluptuosamente decorado, donde la luz del día entraba tamizada por cortinas de gasa y los muebles estaban sembrados de flores, En el centro se erigía un trono de rosas; Franval condujo a su hija hacia él.

"Eugenia", le dijo mientras la sentaba en él, sed hoy reina de mi corazón y dejadme que os adore sobre mis rodillas".

"Adoradme, hermano mío, cuando todo os lo debo, cuando me criasteis y educasteis! Dejadme antes bien que caiga a vuestros pies, es el lugar que me corresponde, y frente a vos, el único a que aspiro."

"¡Oh, tierna Eugenia! ; dijo el Conde mientras se sentaba a su lado sobre los almohadones sembrados de flores que iban a servir a su trabajo, "si es verdad que me debéis algo, si realmente los sentimiento que guardáis para conmigo son tan sinceros como decís, ¿conocéis la forma de convencerme de los mismos?"

¿Cómo, hermano mío? Decídmela de inmediato que comprenderé."

"Todos esos encantos, Eugenia, con que la naturaleza os ha dotado tan generosamente, todas las atenciones con que os ha embellecido, deben serme sacrificados de inmediato."

"¿Pero qué me pedís? ¿No sois acaso el amo de todo? ¿No os pertenece vuestra creación, puede alguien que no seas vos disfrutar de muestra obra?"

“Tened en cuenta los prejuicios de los hombres...”

“De ninguna manera me los habéis ocultado.”

“Por lo tanto, no quiero ir en contra de ellos sin vuestro consentimiento.”

“¿No los despreciáis tanto como yo?”

“Ciertamente, mas no quiero tiranizaros, y mucho menos seduciros; quiero recibir los favores que persigo, por amor. Sabéis como es el mundo, no os he ocultado ninguno de sus atractivos. Esconder los hombres a vuestra vista, no dejaros ver a nadie excepto a mí, hubiera significado una decepción indigna de mí; si existe en el universo un ser a quien preferís a mí, nombradlo de inmediato, iré hasta el fin del mundo para encontrarlo y conducirlo a vuestros brazos sin tardía. En realidad es vuestra felicidad la que persigo, ángel mío, vuestra felicidad mucho más que la propia. Los dulces placeres que podéis otorgarme nada significarían si no fueran el precio de vuestro amor. Por lo tanto, decidid vos, Eugenia. Ha llegado el momento en que habéis de ser sacrificada, debéis serlo. Pero vos misma debéis nombrar al hombre que llevará a cabo el sacrificio, rechazo los placeres que ese título me asegura si no los recibo de vuestro corazón, y si no soy yo a quien, preferís, siempre seré digno de vuestros sentimientos si os traigo a aquel a quien podáis amar. Si no he podido cautivar vuestro corazón, por lo menos habré merecido vuestro afecto; y seré el amigo de Eugenia al no haber podido ser su amante.”

“Seréis todo, hermano, seréis todo”, dijo Eugenia, ardiente de amor y deseo. “¿A quién queréis que me sacrifique, si no es al único hombre que adoro? ¿Qué otro ser en el universo puede ser más digno que vos de estos pobres encantos que deseáis... y que vuestras manos ardientes ya acarician con vehemencia? ¿No veís en el fuego que me consume que estoy tan ansiosa como vos de experimentar el placer de que me habláis. Ah, tomadme, tomadme, hermano amante, mi mejor amigo, haced de Eugenia vuestra víctima; sacrificada por vuestras caras manos, siempre será victoriosa.”

El ardiente Franval, quien, de acuerdo con su carácter, se había armado de tanta delicadeza para seducirla con más fineza, pronto aprovechó la credulidad de su hija, y con todos los obstáculos puestos de lado, tanto por los principios con los que había nutrido a esa alma abierta a todo tipo de impresiones, como por el arte con el que la había cautivado en el último momento, completó su páfida conquista, e impunemente destruyó la virginidad que por naturaleza y derecho, era su responsabilidad defender.

Varios días pasaron en mutua embriaguez. Eugenia, quien tenía la edad suficiente como para conocer los placeres del amor, era alentada por sus métodos y se abandonaba a él con entusiasmo. Franval la inició en todos los misterios del amor y proyectó todas sus rutas; cuanto más aumentaba su adoración, tanto más esclavizaba su

conquista Ella hubiera deseado recibirlo en mil templos al mismo tiempo, mientras lo acusaba de no permitir que su imaginación se extraviara lo suficiente; creía que él le ocultaba algo. Se lamentó de su corta edad e ingenuidad que quizá no la hicieran lo suficientemente seductora; y si pedía más instrucción era para que ningún medio de excitar a su amante fuera desconocido por ella.

Regresaron a París, pero los placeres criminales que habían embriagado a este hombre perverso, habían dado demasiados goces deliciosos a sus facultades físicas y morales como para que la inconstancia que generalmente destruía todas sus otras intrigas, rompiera los lazos de ésta. Se enamoró desesperadamente, y esta pasión peligrosa condujo inevitablemente al más cruel abandono de su esposa... ¡Ay, pobre víctima! Madame de Franval, que a la sazón tenía treinta y un años, estaba en la cumbre de su belleza; un aire de tristeza que era inevitable si se consideran las penas que la consumían, la hacía aún más intrigante; bañada en lágrimas, aplastada por la melancolía, con el cabello suelto flotando descuidadamente sobre su pecho de alabastro, con los finos labios apretados amorosamente sobre el retrato del infiel tirano, parecía esas hermosas vírgenes que Miguel Ángel pintaba sumidas en la pena: sin embargo todavía ignoraba lo que iba a completar su tormento. La forma en que Eugenia era educada, las cosas esenciales que le hacían ignorar, o que solo le eran mencionadas para que las odiara; su certeza de que estas obligaciones, despreciadas por Franval, nunca serían permitidas a su hija; el corto tiempo que le permitían ver a su hija, el temor que esta educación poco común que le estaban brindando la conduciría tarde o temprano al delito, la extravagancia de Franval, su dureza de todos los días para con ella... ella que sólo se ocupaba de anticiparse a sus deseos, que no conocía otros encantos excepto aquellos que pudieran interesarle o complacerlo; hasta ese momento habían sido las únicas causas de su aflicción. ¡Qué pena iría a hender esta alma sensible y amante cuando se enterara de todo!

Sin embargo, la educación de Eugenia continuaba: deseaba continuar con sus maestros hasta que tuviera dieciséis años, y sus talentos, su conocimiento extensivo, las gracias que se desarrollaban en ella día a día todo esclavizaba a Franval más y más; era fácil de ver que nunca había amado a nadie como amaba a Eugenia.

En la vida interna de mademoiselle de Franval nada había cambiado excepto los horarios de lectura; las discusiones íntimas con su padre se hicieron más frecuentes y se prolongaban hasta entrada la noche. Sólo la gobernanta de Eugenia estaba informada de esta intriga y ellos confiaban en ella lo suficiente como para no temer indiscreciones de su parte. También hubo algunos cambios en las comidas de Eugenia: ahora las tomaba con sus padres.

En una casa como la de Franval, esto hizo que Eugenia se encontrara con otras personas, y que fuera deseada como esposa. Varias personas solicitaron su mano. Franval, que estaba seguro del corazón de su hija, no había pensado que fuera necesario

temer estos acercamientos, pero no contó con que la lluvia de propuestas hiciera que todo fuera revelado.

Durante una conversación con su hija, favor tan deseado por madame de Franval, la afectuosa madre informó a Eugenia que monsieur de Colunce quería casarse con ella.

“Conocéis a ese hombre, hija mía – dijo madame de Franval – ; os ama, es joven y atractivo; será rico, espera vuestro consentimiento... solo vuestro consentimiento, hija mía... ¿qué debo responder?”

Eugenia, algo sorprendida, se ruborizó y respondió que por el momento no tenía la menor prisa por casarse, pero que su padre podía ser consultado; los deseos de ella no se opondrían a los suyos.

Madame de Franval consideró que esta respuesta era honesta, esperó pacientemente algunos días, y cuando encontró la ocasión de mencionársela a su marido, le comunicó las intenciones de la familia del joven Colunce y las que él mismo había expresado, a lo que agregó la respuesta de la hija.

Es fácil de imaginar que Franval sabía todo, pero logró ocultarlo sin mostrar demasiado autocontrol.

“Madame – le dijo secamente a su mujer –, os pido seriamente que no involucréis a Eugenia en todo esto; el cuidado con que me habéis visto retirarla de vuestro lado, os habrá facilitado la tarea de reconocer cuánto he querido que todo lo que le concierna, nada tenga que ver con vos. Os renuevo mis órdenes a este respecto... ¿no las olvidaréis, imagino?”

“¿Pero cuál deberá ser mi respuesta, señor, puesto que es a mí a quien se han dirigido?”

“Diréis que aprecio el honor que me ofrecen, y que mi hija tiene defectos que datan de su nacimiento y dificultan el matrimonio.”

“Pero señor, esos defectos no son reales; ¿por qué queréis que me preocupe por ellos y por qué privar a vuestra única hija de la felicidad que puede hallar en el matrimonio?”

“¿Acaso esos lazos os han hecho feliz, madame?”

“No todas las mujeres cometen los errores que yo sin duda he cometido, al no lograr cautivaros (y con un suspiro) o de lo contrario, no todos los esposos se asemejan a vos.”

“Esposas... falsas, celosas, dominantes, coquetas o pías... Esposos, pérfidos, infieles, crueles o déspotas, en una cáscara de nuez están todos los individuos del mundo, madame; no esperéis encontrar un fénix.”

“Y sin embargo, todos se casan.”

“Sí, los tontos o los holgazanes; nadie se casa nunca, dijo un filósofo, excepto cuando no sabe lo que hace, o cuando no sabe lo que hacer.”

“¿Entonces hay que dejar que el mundo llegue a su fin?”

“Se podría hacer eso; nunca es demasiado tarde para exterminar una planta que sólo produce veneno.”

“Eugenia no os estará agradecida por esta severidad excesiva para con ella.”

“¿Acaso este casamiento parece complacerla?”

“Ha dicho que vuestros deseos son órdenes.”

“Pues bien, madame, mis deseos son que abandonéis este matrimonio.”

Y monsieur de Franval se retiró, no sin antes prohibir a su esposa en los más severos términos, que volviera a hablar de ello.

Madame de Franval no pudo evitar repetir a su madre la conversación que acababa de mantener con su esposo, y madame de Farneille, más sutil y más acostumbrada a los efectos de las pasiones que su atractiva hija, sospechó de inmediato que algo anormal estaba sucediendo.

Eugenia veía rara vez a su madre; a lo sumo un par de horas durante los acontecimientos sociales, y siempre en presencia de Franval. Por lo tanto, madame de Farneille que deseaba ver más claro, solicitó a su yerno que le enviara a la nieta un día y la dejara con ella toda una tarde para curarla, según dijo, de una jaqueca que la aquejaba; Franval respondió duramente que nada temía Eugenia tanto como los vapores, que la llevaría adonde era solicitada pero que no se quedaría mucho tiempo en ese lugar, puesto que estaba obligada a ir de allí a una clase de física, curso que seguía con toda asiduidad.

Fueron a casa de Madame de Farneille, quien no pudo ocultar a su yerno su sorpresa por el rechazo de la mano ofrecida.

“Creo – dijo – que no tendréis ningún temor en permitir a vuestra hija que me convenza ella misma del defecto que según vos, debe eximirla del matrimonio.”

“Ese defecto puede sea real o no, Madame – dijo Franval algo sorprendido por la determinación de su suegra –, pero el hecho es que me costaría mucho casar a mi hija y soy todavía demasiado joven para semejante sacrificio; cuando ella tenga veinticinco años, hará lo que desee; pero hasta entonces, no puede contar conmigo de ninguna manera.”

“¿Y vuestros sentimientos, Eugenia, siguen siendo los mismos?” – preguntó Madame de Farneille.

“Sólo difieren en un aspecto, Madame – dijo Mademoiselle de Franval con mucha firmeza – mi padre me permitirá casarme cuando tenga veinticinco años, y yo os aseguro, madame, a vos y a mi padre, que nunca aprovecharé un permiso... que, según mi punto de vista, sólo contribuiría a mi infelicidad.”

“A vuestra edad, Miss, nadie piensa correctamente – dijo Madame de Farneille – y hay algo fuera de lo común en todo esto que ciertamente debo descubrir.”

“Os insto a que lo hagáis, Madame – agregó Franval mientras se llevaba a su hija –, acaso sea bueno que empleéis a vuestro clérigo para que penetre hasta el corazón del problema, y cuando todos vuestros poderes se hayan ejercido al máximo y finalmente sepáis la respuesta, me haréis el favor de confirmarme si hago bien o mal al oponerme al casamiento de Eugenia.”

El sarcasmo que revelò Franval por el consejero eclesiástico de Madame de Farneille estaba dirigido a una loable persona que no cabe presentar, puesto que el progreso de los acontecimientos pronto lo hará entrar en la acción.

Este era el director espiritual de Madame de Farneille y su hija, uno de los hombres más virtuosos de Francia: honrado, benevolente, recto y sabio. Monsieur de Clervil, lejos de tener todos los vicios de su investidura, poseía sólo amables y útiles cualidades. Un apoyo digno de confianza de los pobres, amigo sincero de los opulentos, consolador de los desdichados, esta valiosa figura tenía todos los dones para que una persona sea querida y todas las virtudes que hacen al hombre sensible.

Cuando lo consultaron, Clervil contestó como hombre de buen sentido que antes de tomar posición en el asunto, era necesario conocer las razones de Monsieur de Franval para oponerse al casamiento de su hija; y aunque Madame de Farneille hizo algunas ob-servaciones que podían suscitar sospechas sobre la intriga que lamentablemente existía, el prudente clérigo rechazó esas ideas y al mismo tiempo que las catalogaba de insultantes para con Madame de Franval y su esposo, agregó indignado que no estaba de acuerdo con ellas.

“El delito es una cosa tan penosa, Madame – decía a veces este honrado individuo – ; Parece cosa tan probable que una persona bien conducida pueda exceder voluntariamente los límites de la modestia y las restricciones de la virtud, que sólo con extrema repugnancia me decido a atribuir esas faltas; rara vez debemos sospechar el vicio; Tales sentimientos son a menudo el resultado de nuestro amor propio, casi siempre la salida de una comparación oculta de las profundidades de nuestra mente; nos apresuramos a admitir el mal para poder descubrir que somos mejores. Si pensáis seriamente acerca de ello, no sería mejor, madame, que los errores secretos nunca fueran develados, antes que inventar errores ilusorios con prisa imperdonable y de esta suerte arruinar sin motivo, a cierta gente que sólo ha cometido los errores que nuestro orgullo les atribuyen Además, (no es cierto acaso que todo se beneficia con este principio No es infinitamente menos importante castigar el delito que evitar que se expanda Si se lo deja en la oscuridad que procura, no es tan bueno como si fuera abolido El escándalo logrará expandirlo, no hay duda de ello, la descripción del mismo encenderá las pasiones de aquellos que son proclives al mismo tipo de errores; la ceguera inevitable del delito aumenta las esperanzas del culpable de ser más feliz que el que ha sido reconocido como tal; no le han dado una lección sino un consejo, y se abandona a excesos que quizá nunca hubiera osado permitirse sin el escándalo imprudente que erróneamente sé considere justicia... y que no *es* más que una severidad mal entendida o vanidad disfrazada.”

La única decisión que se tomó, por lo tanto, en el primer encuentro fue la de verificar precisamente el porqué de la negativa de Franval ante el matrimonio de su hija, y porque Eugenia compara la misma forma de pensar: se decidió no hacer nada antes de dilucidar estos motivos.

‘Pues bien, Eugenia – dijo Franval a su hija aquella tarde –, ya veis que quieren separarnos; ¿ Acaso lo lograrán, mi niña? ¿Serán capaces de cortar los vínculos más caros de mi vida?’

“Jamás..., jamás;) No temáis, querido amigo(Esos lazos me son tan caros como a vos; De ninguna manera me habéis decepcionado; mientras los anudabais siempre me explicasteis que eran contrarios a la costumbre; No temo infringir prácticas que, al cambiar *de* un lugar a otro, no pueden ser de ninguna manera sagrada; Yo deseaba esos lazos y los tejí sin remordimiento, no temáis entonces que los rompa.”

“Ay, quién sabe Colunce es más joven que yo Posee todo lo necesario para atraeros; no consideráis, Eugenia, el residuo de error que sin duda os enceguece; La madurez y la luz de la razón disiparán el prestigio y pronto llevarían a las lamentaciones, me culparéis por ellas, y yo nunca me perdonaré haber sido el causante.”

“No – siguió Eugenia con firmeza –, no, estoy decidida a quererlos a vos solamente; me consideraría la más infeliz de las mujeres si tuviera que aceptar un

esposo... yo – prosiguió amorosamente –. ¿ Podría yo unirme a un extraño quien, al no tener dobles razones para amarme, limitaría sus sentimientos y deseos?... Si por ventura fuera abandonada y despreciada por él, ¿qué sería de mí después? ¿Sería una remilgada beata o una ramera?

Oh, no, no, prefiero ser vuestra amante, amigo mío. Sí, os amo demasiado como para verme constreñida a representar ese infame papel en sociedad... Pero, ¿Cuál es la razón de tanta confusión? – prosiguió Eugenia amargamente –. ¿Sabéis cuál es, amigo mío? ¿Quién es? ¡Vuestra esposa! Sólo ella... Sus celos insaciables... No lo dudéis, ésas son las únicas causas de la desdicha que nos amenaza... ¡Ay! No la culpéis: todo es simple... todo es comprensible... todo es posible cuando se trata de reteneros. ¿Qué no emprendería yo si estuviera en su lugar y alguien quisiera robarme vuestro corazón? ”

Franval, extrañamente conmovido, abrazó a su hija repetidas veces, y ésta, aún más animada por esas caricias criminales, a la vez que desarrollaba los más atroces pensamientos enérgicamente, se atrevió a decir a su padre, con desvergüenza imperdonable, que la única forma de ser menos observados era conseguir a la madre un amante. Este plan agradó a Franval; pero, puesto que era mucho más maligno que su hija y quería preparar imperceptiblemente su joven corazón para los peores sentimientos de odio hacia su madre que en él quería sembrar, le contestó que consideraba demasiado leve esa venganza, y que había mil otros modos de contrariar a una mujer que molesta al esposo.

Algunas semanas pasaron, durante las cuales Franval y su hija decidieron finalmente el primer plan concebido para provocar la desesperación de la virtuosa mujer de ese monstruo, en la creencia, ciertamente atinada, que antes de adoptar procedimientos más indignos, debían tratar por lo menos de brindarle un amante; esto no sólo permitiría material para todos los otros métodos sino que, si resultaba, obligaría a madame de Franval a no inmiscuirse en las faltas de los demás, puesto que la suya propia también sería revelada. Para llevar a cabo este proyecto, Franval estudió a todos los hombres jóvenes de su conocimiento, y después de meditar largamente, descubrió que sólo Valmont podría serle útil.

Valmont tenía treinta años, era elegante, ingenioso, imaginativo, sin principios de ninguna especie, y como resultado de ello, especialmente capacitado para el papel que iban a ofrecerle. Franval lo invitó a cenar una noche y cuando se levantaron de la mesa, le habló a solas.

“Amigo mío – le dijo –, siempre os he considerado digno de mí; ha llegado el momento de probarme que no estoy equivocado: os pido una prueba de vuestros sentimientos... pero se trata de una prueba nada

“¿De qué se trata? ¡Explicas, hombre, y nunca dudéis de mi ansiedad para serviros!”

"¿Qué pensáis de mi mujer?"

“Es deliciosa; y si no fuerais su esposo, largo tiempo hubiera sido su amante.”

‘Vuestra observación es muy considerada, Valmont. Pero no me conmueve.’

“¿Por qué no?”

“Temo que voy a sorprenderos... precisamente por-que me estimáis, precisamente porque soy el esposo de Madame de Franval, os pido que seáis su amante.”

¡Habéis enloquecido!”

“No, pero soy caprichoso... me habéis conocido así desde hace mucho tiempo... quiero apesadumbrar la virtud y desearía que fuerais vos quien le tendiera la trampa.”

“¡Qué idea atroz!”

“No agreguéis una sola palabra; ésta es una obra maestra del razonamiento.”

“¿Pero, realmente queréis que...?”

“Sí, lo quiero, lo pido, y dejaré de consideraros amigo mío si me negáis este favor... os cuidaré... tratar de satisfacer vuestras necesidades... Será ventajoso para vos; y, cuando esté seguro de mi destino, si es necesario me arrojaré a vuestros pies por vuestro servicio.

“Franval, no podéis engañarme; hay algo muy raro en todo esto... nada haré a menos que lo digáis todo.”

“Sí... yo creo que tenéis ciertos escrúpulos, creo que todavía no sois lo suficientemente inteligente como para poder comprender todo lo que está involucrado... apuesto que tenéis prejuicios, que todavía sois un caballero. Os estremeceréis como un niño cuando os lo diga todo, y nada aceptaréis hacer.”

“¡ Yo, estremecerme! Me sorprende vuestra manera de juzgarme; debéis saber, amigo mío, que no hay aberración en el mundo... ni una sola, por más irregular que sea, que pueda turbarme un solo instante.”

“Valmont, ¿habéis observado a Eugenia?”

“¡Vuestra hija!”

“O mi amante, si preferís”

“Ah, villano, os comprendo.”

“Es la primera vez en mi vida que os descubro inteligente.”

“¿Pero cómo es esto? Decidme francamente, estáis enamorado de vuestra hija?”

“¡Sí, amigo mío, como Lot! ¡Siempre sentí tanto respeto por las sagradas escrituras, siempre estuve tan convencido que uno puede ganar el paraíso si emula a sus héroes! ¡Ah, amigo mío! La locura de Pigmalión ya no me sorprende... ¿acaso el universo todo no está lleno de estas debilidades? ¿No fue necesario comenzar de esta manera para poblar el mundo? ¿Y si no era malo entonces, por qué debería serlo ahora? ¡Qué absurdo! ¿No puede atraerme una mujer bonita por-que cometí el error de traerla al mundo ¿Es que lo que debe unirme a ella y más estrechamente puede convertirse en motivo para separarla de mí ¿Debo mirarla fríamente porque se me asemeja, porque es mi carne y mi sangre, porque en ella se han unido todas las razones para el más ardiente de los amores?...] Ah, qué ergotismo... cuán ridículo! Dejemos para los tontos estas restricciones absurdas, no han sido hechas para almas como las nuestras, el dominio de la belleza y los derechos sagrados del amor nada saben de los fútiles convencionalismos humanos; su influjo los aniquila como los rayos del sol purifican la tierra de las nieblas que de noche la rodean. Enterremos con el pie estos atroces prejuicios que siempre han sido hostiles a la felicidad, si en alguna oportunidad prevalecieron sobre la razón, fue, a expensas de los placeres más seductores... desprendiéndolos para siempre.”

“Me habéis convencido – contestó Valmont – y estoy absolutamente de acuerdo con vos que Eugenia debe ser una amante deliciosa, es aún más hermosa que su madre, y aunque no posee, como vuestra esposa, la languidez que hace presa del corazón tan voluptuosamente, tiene una picardía que abrumba, que parece dar por tierra con toda posibilidad de resistencia; si la madre parece ceder, la hija exige; lo que la primera permite, la segunda ofrece; y yo encuentro que esto es más atractivo.

“Sin embargo, yo os ofrezco a la madre, no a Eugenia.

“¿Qué razones os llevan a hacerlo?”

“Mi esposa es celosa, se interpone en mi camino, me critica, quiere arreglar un casamiento para Eugenia, debo lograr que ella tenga faltas para poder ocultar las mías propias; por lo tanto, debéis tenerla... divertías con ella cierto tiempo... y traicionadla después... debo sorprenderla en vuestros brazos, castigarla, a través de este

descubrimiento debo conseguir la paz para ambas partes y vuestros errores mutuos... pero nada de amor, Valmont, manteneos frío, esclavizadla, y no os dejéis dominar; si los sentimientos entran en el asunto mis planes se verán arruinados.”

“No temáis, sería la primera vez en que una mujer me conmueve.”

Nuestros dos villanos llegaron por lo tanto a un arreglo, y se resolvió que en pocos días Valmont tendría a Madame de Franval en sus manos, con permiso para hacer lo que deseara con tal de obtener el éxito... incluso el reconocimiento del amor de Franval, como medio más poderoso para hacer que esta honesta mujer se decidiera por la venganza.

Eugenia, a quien se confió este plan, lo encontró muy divertido; la infame criatura llegó a decir que si Valmont tenía éxito sería necesario, para que su felicidad fuera lo más completa posible, para sentirse segura de la caída de su madre, que viera que la virtuosa heroína cedía a las placenteras delicias que tan severamente condenaba.

Finalmente llegó el día en que la más formal y desgraciada de las mujeres no sólo iba a recibir el más doloroso golpe, sino que iba a ser ultrajada por su temible esposo, abandonada... entregada por él al hombre por quien consentía en ser deshonrado... ¡Qué locura! ¡Cuánto desprecio por todos los principios! ¡Con qué fin puede crear la naturaleza corazones tan depravados como éstos! Algunas conversaciones preliminares habían decidido el procedimiento; pero Valmont era muy amistoso con Franval por la esposa de éste como para poder imaginar que corría algún peligro si se quedaba solo con él. Los tres estaban en la sala cuando Franval se puso de pie.

“Debo irme – dijo –, negocios importantes me llaman... es como dejaros con vuestra gobernanta, Madame – añadió con una sonrisa –, si quedáis con Valmont se comporta tan bien... pero si se extralimita, debéis decírmelo, no me gusta lo suficiente como para cederle mis derechos...”

Y el desvergonzado se retiró.

Después de hacer algunas observaciones triviales acerca de la broma *de* Franval, Valmont dijo haber notado un cambio en su amigo durante los últimos seis meses.

“No he osado preguntarle la razón – prosiguió –, pero parece desdichado.”

“Lo que es cierto – contestó Madame de Franval-es la terrible infelicidad que causa a quienes lo rodean.”

“¿Qué me decís? ¿Acaso mi amigo os ha tratado malamente?”

“! Sí sólo fuera eso mi preocupación!”

“Por favor, contadme, conocéis mi ardor y mi fidelidad imperecedera.”

“Una serie de conflictos Horribles... corrupción moral, errores de toda clase... ¡podríais creerlo! Nos han ofrecido el matrimonio más ventajoso para nuestra hija... no lo quiere...”

Y en ese momento, el artificioso Valmont desvió la mirada, con el aspecto del hombre que comprende... suspira... y no osa explicarse.

“¿Cómo es esto, señora – dijo Madame de Franval –, ¿no os sorprende lo que acabo de decir? Vuestro silencio es muy extraño.

“Ah, madame, ¿no es mejor guardar silencio que decir algo que pueda desesperar a la persona que uno ama?”

“¿Cuál es el enigma? Explicaos, os lo ruego.”

“Cómo no estremecerme si debo abrir los ojos”, dijo Valmont, mientras tomaba impetuosamente la mano de la encantadora mujer.

“Oh, señor – prosiguió Madame de Franval con animación – ; no agreguéis una palabra más, o de lo contrario, explicaos, insisto... me estáis poniendo en una situación terrible.”

“Menos terrible que el estado al que me habéis reducido” – dijo Valmont, mientras miraba a la mujer que trataba de seducir con los ojos llenos de amor.

“¿Pero qué significa todo esto, señor? Primero me alarmáis y me hacéis desear una explicación, después osáis decirme cosas que ni debo ni puedo tolerar, alejáis de mí los medios de enterarme por vos de lo que tan cruelmente me atormenta. Hablad, señor, o me dejaréis sumida en la desesperación.”

“Entonces seré más claro, puesto que lo pedís, madame, y aunque me cueste romperos el corazón... os diré las razones de la negativa de vuestro esposo a aceptar a monsieur de Colunce... Eugenia...”

“¿Pues bien?”

“Bien, Madame, Franval la adora; actualmente es más su amante que su padre, y preferiría morir antes que abandonar a Eugenia.”

Madame de Franval oyó esta explicación fatal y tuvo un vahído que le hizo perder los sentidos; Valmont se apresuró a socorrerla.

"Ya veís, madame – prosiguió –, el precio del consentimiento que pedís... Por nada del mundo podría yo..."

"Dejadme, señor, dejadme – dijo Madame de Franval en un estado difícil de describir – ;después de un golpe tan violento necesito estar sola un momento."

"¿Y queréis que os deje sola en ese estado? Siento vuestra pena demasiado como para no solicitar vuestro permiso para compartirla. Os he infligido una herida dejadme que la cure."

"¡Franval enamorado de su hija, Dios mío! ¿La criatura que tuve de él, es ella quien ocupa su corazón en esta forma tan atroz! ¿ Terrible crimen, ah, señor! ¿Acaso es posible? ¿Estáis absolutamente seguro?"

"Si todavía tuviera alguna duda acerca de ello, madame, hubiera guardado silencio, hubiera preferido cien veces no deciros nada que contrariaras en vano; por vuestro esposo recibí las pruebas de esta infamia, me lo confió todo; pero sea lo que sea, no perdáis la calma, os lo ruego; estudiemos la forma de quebrar esta intriga, los medios dependen de vos..."

"Decídmelos de inmediato... este delito me horroriza."

"Un esposo con el carácter de Franval, madame, no vuelve a ganarse con la virtud; vuestro esposo tiene poca fe en el sabio comportamiento de las mujeres. él sostiene que por orgullo y temperamento, las cosas que hacen para reservarse a nosotros tienen por fin satisfacerse antes que complacernos o esclavizarnos... Perdonadme, madame, pero no puedo ocultaros que yo creo lo que él; nunca vi que las virtudes hicieran que una mujer destruyera los vicios del esposo; conductas más o menos similares a la de Franval lograrían impresionarlo más y os lo devolverían más satisfactoriamente; los celos darían buenos resultados, sin duda, y cuántos corazones han cambiado por este método constantemente infalible; vuestro esposo, al ver que esa virtud, a la que está acostumbrado, y que tiene el descaro de menospreciar, se debe más a la reflexión que al descuido, aprenderá a apreciarla en vos, cuando descubra que sois capaz de ceder... ;él imagina y .se atreve a decir que si nunca tuvisteis un amante es porque nunca fuisteis atacada; probable que sólo depende de vos para que esto pase... ; vengaos por sus errores y desprecio; quizá causéis plañ, si se consideran vuestros austeros principios, pero ¡cuántos males habréis evitado! ¡Qué esposo habréis convertido! Y por un pequeño ultraje a la diosa que respetáis, ¡qué adorador habréis devuelto a su templo! Ah, madame, apelo a vuestro corazón. Con el comportamiento que me atrevo a aconsejaros,

ganaréis a Franval para siempre, lo cautivaréis; sí, madame, me atrevo a decíroslo, elegid entre quedaros sin marido, o no vaciléis más.”

Madame de Franval, muy sorprendida por estas palabras, guardó silencio cierto tiempo; luego habló, recordando las miradas de Valmont y sus primeras observaciones.

“Señor – le dijo con agudeza –, si yo aceptara el consejo que me dais, ¿en quién creéis que debería ficharme para contrariar más a mi marido?”

“¡Ah! – gritó Valmont sin descubrir la celada que le tendían –, querida y divina amiga... en el hombre que más os ama en este mundo, en quien os ha adorado desde que os conoció, y que os jura que moriría por VOS...”

“¿Partid, señor, partid! – dijo entonces Madame de Franval imperativamente – y nunca más aparezcáis ante mí; habéis descubierto la trampa; sólo acusáis a mi esposo de culpas... que es incapaz de haber cometido sólo para aseguraros que vuestra traicionera seducción sea más exitosa; comprended que aunque fuera culpable, los métodos que me sugerís son tan repugnantes que no los emplearía jamás; los errores de un marido nunca pueden justificar los de una esposa; para ella esos errores deben ser motivo de una mejor conducta, para que Dios justo y eterno pueda encontrarla en las ciudades atormentadas que están a punto de sufrir los efectos de su ira, y si puede, apartar de ellas las llamas que van a devorarlas.”

Con estas palabras, Madame de Franval se retiró y después de llamar a los sirvientes de Valmont, lo obligó a irse, muy avergonzado por los primeros pasos que había dado.

A pesar de que la atractiva mujer había descubierto los propósitos ocultos del amigo de Franval, las cosas que éste había dicho coincidían tan bien con sus propios temores y los de su madre, que decidió ponerse manos a la obra para convencerse de la hiriente verdad. Fue a ver a Madame de Farneille, le contó lo que había sucedido y regresó, decidida a proceder como sigue a continuación.

Siempre se ha dicho, y es verdad, que no tenemos peores enemigos que nuestros propios sirvientes; siempre son celosos y envidiosos y aparentemente tratan de alivianar sus cargas atribuyéndonos faltas que nos colocan por debajo de ellos y permiten que su vanidad, por lo menos por cierto tiempo, nos domine de la manera en que el destino les ha negado.

Madame de Franval logró sobornar a una de las mujeres de Eugenia; la garantía del pago, un futuro placentero y la apariencia de una buena acción, todo influyó sobre esta esbirra y ésta decidió, a partir de la noche siguiente, poner a Madame de Franval en un puesto desde donde no podría seguir poniendo en duda su mala fortuna.

Llegó el momento. La desdichada madre fue conducida a una pequeña habitación contigua a la dependencia donde todas las noches su infiel esposo violaba al mismo tiempo los vínculos de su casamiento y el Paraíso. Eugenia estaba con su padre; todavía ardían algunas velas en un rincón para iluminar el delito... el altar estaba preparado, y la víctima se ubicó, el alto sacerdote la siguió... Madame de Franval no tenía otro apoyo que su propia desesperación, su amor herido, su valentía... Abrió la puerta e irrumpió, se acercó al incestuoso y se postró frente a él.

“Oh – gritó dirigiéndose a Franval –, me rompéis el corazón, no merecía de vos este trato, vos a quien todavía adoro sin importarme los intuitos que de vos recibo, ved mis lágrimas, y no me rechazéis; os pido que salvéis a esta niña desdichada quien, engañada por su debilidad y seducida por vos, cree encontrar la felicidad en medio de la culpa y el delito... Eugenia, Eugenia, ¿queréis clavar una espada en el seno que os dio la vida? ¡No sigáis siendo cómplice de un delito cuyo horror os han ocultado! Venid, apuraos, mis brazos están dispuestos a recibirlos. Mirad a vuestra desgraciada madre, de rodillas frente a vos, que os ruega no ultrajar el honor y la naturaleza. Pero si ambos me rechazáis – prosiguió la acongojada madre, mientras se apoyaba un puñal sobre el corazón –, por este medio me apartaré de la herida que estáis tratando de infligirme; os salpicaré con mi sangre y sólo sobre mi cuerpo lastimado podréis consumir vuestros delitos,”

Que el alma endurecida de Franval pudiera resistir este espectáculo, los que están empezando a conocer a este villano podrán creerlo, pero que Eugenia no haya cedido de ninguna manera es inconcebible.

“Madame – dijo la corrompida niña, con la mayor indiferencia –, confieso que no considero razonable de vuestra parte, que hagáis una escena absurda frente a vuestro esposo; ¿acaso no puede él hacer lo que quiera? Y si él aprueba lo que yo hago, ¿qué derecho tenéis de criticar? ¿Acaso nosotros criticamos vuestras indiscreciones con Monsieur de Valmont? ¿Molestamos vuestros placeres? Respetad los nuestros, de lo contrario no os sorprenda que yo sea la primera en intuir sobre vuestro marido para que tome las medidas que os fuercen a hacerlo.”

En ese momento, Madame de Franval perdió los estribos; Toda su ira se volvió contra esa criatura indigna que podía permitirse hablarle así, y, furiosa, se arrojó sobre ella... Pero el odioso y cruel Franval, mientras tomaba a su esposa de los pelos, la arrastró furioso lejos de su hija y fuera de la habitación, y la arrojó por las escaleras de la casa, hasta que cayó desvanecida y sangrante a la puerta de una de las mujeres, quien, habiéndose despertado con el horrible ruido, se apresuró a separar a su ama de la furia del tiránico Franval, quien ya había bajado para despachar a su desventurada víctima... Fue llevada a sus habitaciones, la encerraron y la cuidaron, mientras el monstruo que con tanta rabia la había tratado, volvía al lado de su detestable compañera para pasar la noche tan tranquilamente como si no hubiera descendido por debajo del nivel de la más

fiera de las bestias, con crímenes tan execrables, que tanto podrían humillarlos... tan horribles, en realidad, que nos sonrojamos ante la necesidad de revelarlos.

Se habían terminado las ilusiones para la desdichada Madame de Franval; ni una sola más podía permitirse; era demasiado obvio que el corazón de su esposo, es decir, la posesión más querida de su vida, le había sido robado. ¿y por quién? Por quien tanto respeto le debía... y quien le había hablado con la mayor insolencia; también había sospechado que toda la intriga de Valmont era meramente una horrible trampa con el propósito de tentarla y si no lo lograban, atribuirle errores, inundarla con ellos, para contrarrestar y justificar los errores infinitamente más serios que otros osaban cometer en su perjuicio.

Nada era más seguro que esto. Al enterarse Franval del fracaso de Valmont, lo había comprometido a reemplazar la verdad por la impostura y la indiscreción... a hacer correrla versión que él era el amante de Madame de Franval y se había decidido falsificar cartas repugnantes que probarían de la manera menos equívoca posible, la existencia de esa relación a la que la desventurada mujer se había negado a prestarse.

Sin embargo, Madame de Franval, desesperada y físicamente herida, cayó enferma; su bárbaro esposo, que se negó a verla y ni se dignó preguntar por su salud, partió con Eugenia para el campo, con el pretexto que había fiebre en la casa y que no quería exponer a su hija a la misma.

Valmont se presentó varias veces a la puerta de Madame de Franval durante su enfermedad, sin que lo admitieran una sola vez; encerrada con su querida madre y Monsieur de Clerval, no quería ver a nadie; con-solada por tan dilectos amigos, que estaban acostumbrados a tener cierta ascendencia sobre ella, volvió a la vida gracias a sus cuidados y después de seis semanas ya estaba en condiciones de ver gente. Entonces Franval volvió con su hija a París e hizo algunos arreglos con Valmont para proveerse de armas iguales a las que Madame de Franval y sus amigos parecían a punto de levantar en su contra.

El villano Franval fue a ver a su esposa tan pronto como consideró que ella estaría dispuesta a recibirlo.

“Madame – le dijo fríamente –, no podréis poner en duda la consideración que he demostrado por vuestra salud; no puedo ocultaros el hecho que es la responsable de la reticencia de Eugenia; está decidida a haceros los peores cargos en lo que concierne a la forma en que la habéis tratado, a pesar de estar convencida del respeto que una hija le debe a su madre; tampoco puede olvidar que la madre la pone en la peor de las posiciones al arrojarse sobre ella con un puñal en la mano; impaciencias de este tipo, madame, podrían dirigir los ojos del gobierno hacia vuestra conducta y algún día herir vuestra libertad y vuestro honor.”

“No estaba preparada para esa recriminación, señor – contestó madame de Franval –; y cuando mi hija, seducida por vos, se convierte simultáneamente en culpable de incesto, adulterio, licencia y la más odiosa ingratitud hacia la persona que la trajo al mundo... sí, lo admito, no imaginaba que después de este complejo de horrores todavía tuviera que escuchar quejas; se necesitan todos vuestros artificios y maldad, señor, para excusar el crimen con tanta audacia y acusar a una persona inocente.

"No desconozco, señora, que los pretextos de vuestra escena eran las odiosas sospechas que osáis tener en mi contra, pero la fantasía no justifica los delitos; lo que pensasteis es falso, pero lo que vos habéis hecho, desgraciadamente, es demasiado real. Estáis sor-prendida por los reproches que mi hija os dirigió por lo que respecta a vuestra irregular conducta, después que todo París lo ha hecho; este estado de cosas es muy conocido... las pruebas, lamentablemente son tan irrefutables, que quienes hablan serán culpables de imprudencia, pero no de calumnia.”

“¿Yo, señor? – dijo la honorable mujer mientras se ponía de pie indignada –, ¿yo una intriga con Valmont? ¡Dios mío, y vos lo decís! – Y rompió a llorar– ¡Desagradecido! Este es el premio por mi afecto... la recompensa por haberos amado tanto, no os basta con ultrajarme tan cruelmente, para vos no es suficiente seducir a mi hija, sino que todavía osáis justificar vuestros delitos atribuyéndome otros que personalmente considero más terribles que la muerte...”

Se calmó nuevamente: “Decís tener pruebas de esta intriga, señor, sacadlas, exijo que se las haga públicas, os forzaré a mostrarlas a todos, si rehusáis mostrármelas a mí.”

“No, madame, no las mostraré a todos; un esposo generalmente no anuncia cosas de esta especie; las deplora y las esconde tan cuidadosamente como pueda; pero si vos lo pedías, madame, no me negaré a mostraros esas pruebas... – Sacó una billetera de su bolsillo– Sentaos – dijo –, esto debe verificarse con calma, la excitación y el enojo harían daño sin convencerme; calmaos, os lo ruego, y discutamos esto fríamente.”

Madame de Franval, perfectamente convencida de su inocencia, no sabía qué pensar de estos preparativos, y su sorpresa, unida al miedo, la mantuvo en un estado frenético.

“Ante todo, madame – dijo Franval :mientras vaciaba uno de los lados de la billetera –, aquí está toda vuestra correspondencia con Valmont durante los últimos seis meses. No acuséis a ese joven de imprudencia o indiscreción: es demasiado honorable como para fallaras en este sentido. Pero uno de sus sirvientes, cuya astucia supera a la de su amo, descubrió el secreto para traerme estos preciosos monumentos de vuestra ejemplar conducta y vuestra eminente virtud.” Señaló las cartas y las expandió sobre la mesa.

“Permitidme – prosiguió – que seleccione dentro de lo normal en una mujer excitada... por un hombre muy atractivo, una carta que me parece más decisiva que las otras... Es ésta, madame: “Mi aburridor esposo cena esta noche en su ‘petite maison’ en las afueras de la ciudad con esa horrible criatura... que es imposible que yo haya traído al mundo; venid, querido, y consoladme de todas las penas que esos dos monstruos me causan... ¿Pero qué digo, acaso no me están haciendo ahora el mejor de los favores, y esta intriga no evitará que mi marido note la nuestra? Dejemos que estreche los vínculos tanto como quiera, y que no trate de romper los que me atan al único hombre en el mundo que realmente he adorado».

“¿Pues bien, madame?”

“Señor, os admiro – contestó madame de Franval – ; cada día aumenta la increíble estima que merecéis, y por grandes que sean las cualidades que en vos he descubierto hasta el presente, admito que desconocía que poseáis las de falsificador e infamador.”

“¿Lo negáis, entonces?”

“En absoluto, sólo quiero ser convencida; nombraremos jueces expertos, y si consentís, pediremos la más sereva pena para cualquiera de nosotros que sea hallado culpable.”

“Eso se llama descarar; bueno, prefiero eso a la pena... Prosigamos. Que tengáis un amante, madame – dijo Franval mientras vaciaba la otra mitad de la billetera –, con vuestra cara bonita y un ‘aburridor esposo’, nada podría ser más simple, pero que a vuestra edad mantengáis un amante, y a mis expensas, es algo que espero me permitiréis no hallar tan sencillo... Sin embargo, aquí hay pagarés, o cuentas pagadas por vos, firmadas por vos, a nombre de Valmont, que suman 100.000 escudos; os ruego que miréis estos documentos” – agregó el monstruo sin permitir que ella los tocara...

A Zaide, joyero.

Páguese el cheque adjunto por la suma de veintidós mil libras, a monsieur de Valmont, por arreglo con él

FARNEILLE DE FRANVAL

“A Jamet, vendedor de caballos, seis mil libras... es la yunta de bayos, orgullo de Valmont y admiración de todo París... sí, madame, hay sumas que llegan a trescientos mil ciento ochenta y tres libras, diez soles, de lo cual me debéis más de un tercio y cuyo resto 'habéis pagado honradamente... ¿Bien, madame?”

“Señor, este fraude es demasiado burdo como para provocarme la menor preocupación; sólo pido una cosa para confundir a quienes inventan estas cosas en mi contra... que las personas a quienes parece ser que yo he pagado esas sumas se presenten, y que juren que he tenido algún trato con ellos.”

“Lo harán, madame, no lo pongáis en duda; creéis que ellos mismos me hubieran informado de vuestra conducta si no estuvieran decididos a sostener sus declaraciones? Uno de ellos os hubiera denunciado hoy, si yo no hubiera intervenido...”

Amargas lágrimas salieron entonces de los hermosos ojos de la infeliz; su valentía ya no la sostenía, se sumió en una desesperación repentina, unida a ciertos síntomas peligrosos, golpeó la cabeza contra las columnas de mármol que la rodeaban y se magulló la cara.

“Señor – gritó al arrojarse a los pies de su esposo – deshacedos de mí por medios menos lentos y horribles; puesto que mi existencia restringe vuestra vida de pecado, destruídla de inmediato... no me hagáis caer tan lentamente en la tumba... ¿Soy culpable de haberos amado? ¿De haberme rebelado en contra de quien me robó tan cruelmente vuestro corazón? Castigadme, bárbaro, sí, tomad esa arma – dijo al arrojarse sobre la espada del esposo –, tomadla, y atravesadme el seno sin merced; pero por lo menos dejadme morir mereciendo vuestra estima, dejadme llevar a la tumba como único consuelo, la certeza de que me creéis incapaz de los infames crímenes de que me acusáis... que para ocultar los vuestros...”

Estaba postrada, a los pies de Franval, con las manos sangrantes y heridas por la hoja desnuda que había tratado de tomar para ponerla sobre su pecho; el hermoso pecho estaba desnudo, el cabello caía en desorden y estaba humedecido por las copiosas lágrimas; nunca tuvo la pena un aspecto más patético y expresivo, nunca había sido más emocionante, atractiva y noble.

“No, madame – dijo Franval, oponiéndose –, no quiero vuestra muerte sino vuestro castigo; comprendo vuestro arrepentimiento, vuestras lágrimas no me sorprenden, estáis furiosa por haber sido descubierta, esta actitud vuestra me complace, me hace profetizar una mejora, que se precipitará sin duda, por el destino a que os someto.

“Basta, Franval – gritó la desventurada mujer –, no habléis de vuestro deshonor, no digáis al público que sois culpable de perjuicio, falsificación, incesto y calumnia... Queréis deshaceros de mí, huiré de vos, buscaré un lugar tranquilo donde hasta vuestro recuerdo escapará de mí... seréis libre, cometeréis vuestros pecados con impunidad... sí, os olvidaré... si puedo, hombre cruel, o si vuestra imagen no puede borrarse de mi corazón, si sigue persiguiéndome en mi remota oscuridad... no la borraré, infiel, eso

sería más de lo que yo podría hacer, no, no la borraré, sino que me castigaré por mi ceguera, y confinaré al horror de la tumba el cuerpo culpable que tanto os amó.”

Con estas palabras, últimos estallidos de un alma exhausta por la enfermedad, la desventurada se desvaneció y quedó inconsciente. Las frías sombras de la muerte se expandieron sobre la hermosa piel, algo afectada por la desesperación; no era más que una masa sin vida, aunque era imposible que la gracia, la modestia y todos los encantos de la virtud la abandonaran. El monstruo salió para ir a festejar con su hija, el terrible triunfo que el vicio, o antes bien la maligna niña, osaba enfrentar a la inocencia y la desdicha.

Estos detalles complacieron infinitamente a la execrable Eugenia, quien hubiera deseado verlo todo personalmente... el horror debía ser llevado adelante, Valmont hubiera debido triunfar sobre la severidad *de* su madre, Franval hubiera debido sorprenderlos haciendo el amor. Si todo esto hubiera sucedido, ¿qué medios de justificarse le hubieran quedado a la víctima? ¿Y no era necesario quitarle todos los medios? Así era Eugenia.

Sin embargo, la desventurada esposa de Franval, quien sólo podía confiarse a su madre, pronto le narró sus razones para estar apenada; fue entonces cuando madame de Farneille imaginó que la edad, status y reputación personal de monsieur de Clervil pudieran ejercer alguna influencia sobre su yerno; nada hay tan confiado como la desgracia; ella informó al digno eclesiástico lo mejor que pudo, de la licencia de Franval, lo convenció de lo que nunca había querido creer, lo instó a usar con semejante villano la persuasiva elocuencia que llega más al corazón que a la mente; le pidió que después de hablar con el pérfido Franval consiguiera una entrevista con Eugenia, con la cual emplearía todos los medios posibles para explicar a la infeliz el abismo que se extendía a sus pies, y, de ser posible, devolverla a su madre y a la virtud.

Cuando Franval supo que Clervil iba a solicitar una entrevista con él y su hija, trazó un plan con ésta, y cuando estuvo pronto, hicieron saber al director espiritual de madame de Farneille que estaban dispuestos a recibirlo. La crédula madame de Franval creyó que la elocuencia de este guía espiritual todo lo lograría la gente desgraciada se aferra ávidamente a las fantasías, y para encontrar los placeres que la realidad les niega, logran artificiosamente todas las ilusiones posibles.

Clervil llegó; eran las nueve de la mañana; Franval lo recibió en la dependencia donde estaba acostumbrado a pasar las noches con su hija; lo había decorado con la mayor elegancia imaginable, dejando al mismo tiempo cierto aspecto de desorden que revelaba sus placeres criminales... Eugenia, que estaba muy cerca, podía oírlo todo, para poder estar mejor preparada para la entrevista que le estaba destinada.

Dijo Clervil: “Me atrevo a presentarme ante vos con un enorme temor de molestaros, señor; la gente de mi profesión resulta generalmente tan cargosa a la gente que como vos gasta su vida en los placeres de este mundo, que me reprocho haber cedido a los deseos de madame de Farneille y haber solicitado vuestro permiso para hablaros un momento.”

“Sentaos, señor, y mientras os expreséis en el lenguaje de la justicia y la razón, nunca temáis aburrirme.”

“Sois adorado por una mujer llena de encantos y virtudes y pe os acusa, señor de hacerla muy infeliz; puesto que sólo tiene a su favor su inocencia y falta de capacidad para el engaño, puesto que sólo tiene a su madre para escuchar sus quejas, y puesto que os adora todavía, a pesar de vuestros errores, no os resultará difícil imaginar su situación!”

“Preferiría que fuéramos directamente al tema, señor, tengo la impresión que os vais por las ramas; ¿cuál es el objeto de vuestra misión?”

“Haceros felices a los dos, de ser posible.”

“Por lo tanto, si ya soy feliz como soy, ¿no tendríais nada que decirme?”

“Señor, es imposible encontrar la felicidad en el delito.”

“Estoy de acuerdo con vos; pero el que a través del estudio profundo y la reflexión madura ha logrado alcanzar un estado mental en el que nada malo sospecha de nada y puede observar las acciones humanas con la más absoluta calma y las considera a todas el resultado necesario de algún poder que a veces es benevolente y a veces perverso pero siempre autoritario, que nos inspira acciones que los hombres ya aprueban, ya condenan pero que nada contraría o molesta, estaréis de acuerdo conmigo, señor, que un hombre puede ser igualmente feliz comportándose como yo, como vos en la carrera que habéis elegido: la felicidad es una abstracción, es un producto de la imaginación; es una forma de conmoverse que depende exclusivamente de nuestra forma de ver y sentir; aparte de la satisfacción de nuestras necesidades, no existe la forma de hacer a los hombres igualmente felices; todos los días se ven individuos felices por algo que a los demás disgusta; por lo tanto, no hay una felicidad determinada, ninguna puede existir para nosotros excepto la que nosotros mismos labramos como consecuencia de nuestra formación y principios!”

“Lo sé, señor, pero si la mente nos engaña, la conciencia nunca nos deja extraviarnos, y es en este libro que la naturaleza escribe todas nuestras obligaciones.”

“¿Y no hacemos lo que deseamos con esta conciencia artificial? La costumbre la modifica, la conciencia para nosotros es como cera moldeable que adquiere cualquier forma en nuestras manos; si ese libro fuera tan infalible como decís, ¿no tendría el hombre una conciencia variable? De un extremo del mundo al otro, ¿no significarían todas las acciones lo mismo para él? ¿Y es ése el caso? ¿Acaso el hotentote tiembla ante lo que asusta al francés? ¿Y este último no hace cosas a diario que serían castigadas en el Japón? No, señor, no, nada es real en el mundo, nada que merezca ser alabado o acusado, nada que merezca ser recompensado o castigado, nada que sea injusto en un lugar v legítimo a quinientas leguas; no existe el mal real ni el bien constante.”

“No lo creáis, señor, la virtud no es una ilusión; no es cuestión de saber si algo es bueno en un lugar o malo un poco más lejos, para poder definirlo precisamente como delito o virtud, y estar seguro de encontrar en ello la felicidad como resultado de la propia elección; la única felicidad del hombre sólo puede estribar en la más completa sumisión a las leyes del país; debe respetarlas o arruinarse, no existe un punto medio entre la violación de las mismas y la felicidad. En otras palabras, no es de estas cosas que surgen los males que nos sobrecogen: cuando nos abandonamos a ellas, cuando son prohibidas, es por el mal que estas cosas, buenas o malas en sí mismas, pueden provocar a las convenciones sociales de la región donde habitamos. Ciertamente no hay nada de malo en preferir caminar por los bulevares que por los Champs Elysées; pero si se promulgara una ley que prohibiera los bulevares a los ciudadanos, quien violara esta ley se reservaría una serie interminable de desventuras, aunque sólo hubiera hecho algo muy simple al violarlas; pero la costumbre de violar leyes comunes, pronto conduce a la violación de otras más importantes, y de un error al otro, el hombre llega a delitos que se castigan en todos los países del mundo, y que inspiran temor entre todas las criaturas razonables que pueblan el mundo en los dos hemisferios. Aunque no existe una conciencia universal de la humanidad, hay una nacional, que se relaciona con la existencia que recibimos de la naturaleza, y donde su mano traza nuestras obligaciones con letras que no podemos borrar sin correr peligro. Por ejemplo, señor, vuestra familia os acusa del incesto; cual sea el ergotismo que uséis para justificar vuestro delito y mitigar sus 'horrores, por más plausibles que sean los razonamientos que uséis en este asunto, cualquiera sea el apoyo que tengan de ejemplos tomados de países vecinos, se ha probado que este delito, que para algunas razas no lo es, es definitivamente peligroso en ciertos países donde queda prohibido por ley; no es menos cierto que puede llevar a las más deplorables consecuencias y delitos que se hacen necesarios luego de este primer delito, delitos, repito, que deben inspirar el horror de la humanidad. Si os hubierais casado con vuestra hija orillas del Ganges, donde tales matrimonios son permitidos, hubierais cometido un mal pequeño; bajo un gobierno que prohíbe ese tipo de alianzas, al ofrecer semejante espectáculo al público, a una mujer que os adora, y a quien esta deslealtad conduce a la tumba, cometéis sin duda una acción impactante, un delito que tiende a romper los vínculos más sagrados de la naturaleza, los que, al ligar a vuestra hija al ser que le dio la vida, deberían hacer de este hombre el más digno de respeto y más sagrado, en su opinión. Forzáis a esta niña a desprestigiar obligaciones vitales, la hacéis odiar a la persona que la llevó en el vientre; sin daros cuenta estáis fabricando

armas que pueden dirigirse en vuestra contra; no le presentáis ningún sistema de pensamiento, le estáis inspirando principios por los cuales se os condena; y si algún día os amenaza con quitaros la vida, vos mismo habréis afilado el puñal.”

“Vuestra forma de razonar – contestó Franval –, tan diferente al que usa la gente de vuestra profesión puede inclinarme en primera instancia a la confianza, señor; podría negar vuestra acusación; la franqueza con que me quito la máscara frente a vos os obligará, igualmente espero, a creer en las malas acciones de mi esposa, cuando emplee para describirlas, la misma verdad con que reconozco las mías. Sí, señor, amo a mi hija, es mi amante, mi mujer, mi hermana y confidente, mi amiga, el único bien que tengo sobre la tierra, tiene todos los derechos que pueden obtener el homenaje de mi corazón, y todo lo que tengo se lo debo; estos sentimientos durarán tanto como mi vida; por lo tanto debo justificarlos, sin duda, puesto que no puedo renunciar a ellos. La obligación de un padre para con una hija es, y estaréis de acuerdo conmigo, hacerla lo más feliz posible; si no lo logra, ha fallado; si triunfa, queda protegido de todo reproche. Yo ni seduje ni forcé a Eugenia, no lo olvidéis; de ninguna manera le oculté el mundo, le he descrito las rosas del matrimonio junto con las espinas que la gente en él encuentra; después me ofrecí a ella, le permití que escogiera libremente, tuvo mucho tiempo para reflexionar; no vaciló en ningún momento; protestó que sólo podía encontrar felicidad en mí; ¿acaso me equivoqué al darle, para hacerla feliz, aquella que con pleno conocimiento de los hechos, ella parecía preferir sobre todas las cosas?”

“Vuestros argumentos nada justifican, señor; no 'deberíais permitir que vuestra hija viera que el ser a quien no puede preferir sin ser culpable se pudiera transformar en el objeto de su felicidad; por más hermoso que parezca un fruto, ¿no os arrepentiríais de ofrecerlo a alguien si estuvierais seguro que la muerte acecha dentro de su pulpa? No, señor, no sólo os habéis involucrado en esta desventurada conducta, y habéis hecho de vuestra hija la cómplice y la víctima; estas acciones son perdonables... y esa mujer virtuosa y sensible, cuyo pecho herís a vuestro placer, ¿qué daño os ha hecho, qué mal, oh, hombre injusto... que no sea adoraros?”

“Eso es lo que quería preguntaros, señor, y espero que en este sentido confiéis en mí; ¡tengo algún derecho a esperarlo, después de la franca manera en que me habéis visto aceptar las acusaciones que me habéis hecho!”

Entonces Franval mostró a Clervil las cartas falsificadas y los cheques que le atribuía a su esposa, mientras le aseguraba que nada era más genuino que esos papeles y las intrigas de madame de Franval con el hombre a quien estaban dirigidos.

Clervil lo sabía todo.

“Pues bien, señor – le dijo con firmeza –, tenía razón al deciros que un error considerado en primer término algo inofensivo, si nos acostumbramos a ir más allá de

sus límites, pude llevarnos a los peores excesos en el delito y el mal. Habéis comenzado por una acción a la que no le dais mayor importancia, y ya veis todas las infamias que puede haceros cometer para justificarla u ocultarla... Creedme, señor, arrojemos estos documentos calumniosos e imperdonables al fuego y olvidémoslos por completo, os lo ruego.”

“Estos papeles son genuinos, señor.”

“Son falsos.”

“Podéis dudarlo; ¿es eso suficiente como para contradecirme?”

“Permitidme, señor; sólo cuento con vuestra palabra de que son genuinos, y no interesa mucho sustentar vuestra acusación; mi creencia que esos papeles son falsos se debe a las palabras de vuestra esposa y si fueran genuinos, también a ella le interesaría decírmelo; es así como yo considero todo este asunto señor... El interés por sí mismo subyace a todo lo que los hombres hacen, y es el motivo más importante de todas sus acciones; siempre que lo descubro, la tea de la verdad brilla para mí; esta regla nunca me engañó, la he seguido cuarenta años; y además, ¿la virtud de vuestra esposa no podría abolir esta terrible calumnia ante todos? ¿Acaso alguien con su franqueza, su candor, el amor ardiente que todavía siente por vos podría permitirse una conducta tan atroz? No, señor, no, esos no son de ninguna manera el punto de partida del pecado; puesto que conocéis tan bien los resultados deberíais conocer cómo conducir mejor los motivos.”

“¡Eso es injurioso, señor!”

“Perdonadme, la injusticia, la calumnia y la conducta licenciosa me rebelan hasta tal punto que no siempre puedo controlar la agitación en que esos horrores me sumergen; quememos estos papeles, señor, os lo pido nuevamente... quemémoslos, por vuestro honor y paz espiritual.”

“Nunca pensé, señor – dijo Franval –, que alguien que ejerce vuestro ministerio pudiera convertirse tan fácilmente en excusador y protector de la mala conducta y el adulterio; mi esposa está ajando mi reputación me está arruinando, os lo puedo probar; ¿sois tan ciego en lo que a ella concierne que preferís acusarme y considerarme calumniador antes que ver en ella una mujer infiel y libertina! Pues bien, señor, la ley decidirá; todos los tribunales de Francia se estremecerán con mi acusación, presentaré todas las pruebas, haré pública la deshonor que sufro, y entonces veremos si seguís siendo lo suficientemente amable o estúpido como para proteger a esa vergonzosa criatura en mi contra.

“Voy a retirarme, señor – dijo Clervil mientras se ponía de pie – Nunca creí que la perversidad de vuestra mente pudiera causar tanto deterioro en las cualidades de vuestro

corazón, y que, cegado por una injusta venganza pudierais ser capaz de sustentar a sangre fría ciertas cosas que suelen conducir a la locura .. Ah, señor, hasta qué punto me convence todo esto más que nunca que cuando un hombre ha fracasado en la más sagrada de sus obligaciones, de inmediato se permite abolir todas las otras... Si por medio de la reflexión cambiáis de idea, condescended a hacérmelo saber, señor, y siempre encontraréis en vuestra familia y en mí, amigos dispuestos a aceptaros...¿Me permitiréis que vea un momento a vuestra hija?”

“Sí señor, y os exhorto a persuadirla por métodos más elocuentes o recursos más efectivos para ofrecerle esas verdades luminosas en las que yo tuve la desgracia de ver solamente oscuridad y ergotismo.”

Clervil entró en las dependencias de Eugenia. Lo estaba esperando, vestida con el deshábille más seductor y elegante; una indecencia similar, debida a la indulgencia y al pecado, reinaba vergonzosamente en sus miradas y gestos, y la páfida niña que arruinaba las gracias que la embellecían a pesar de todo, personificaba a aquellas que incitan al vicio y rechazan la virtud. Puesto que no es propio de una niña adentrarse en los profundos detalles de un filósofo como Franval, Eugenia se limitó a ciertas superficialidades; y gradualmente llegó a la extrema provocación; pero pronto vio que su arte para la seducción era inútil y que un hombre tan virtuoso como aquel no podía caer entre sus redes; se soltó hábilmente las prendas que ocultaban sus encantos y apareció en el mayor desorden antes que Clervil pudiera reaccionar.

“(Miserable) – se puso a gritar a voz en cuello – ¡Sacad a este monstruo de aquí! Y por favor, que mi padre no se entere de nada. ¡Dios mío! Yo esperaba de él un consejo piadoso... y el miserable ataca mi modestia... Ved – dijo a los sirvientes que acudieron a sus gritos –, ved en qué estado me ha puesto este hombre; éstos son los que amorosamente sostienen la divinidad que ultrajan; escándalo, libertinaje, seducción, ése es su modo de vida, y nosotros, engañados por su falsa virtud, estúpida mente seguimos reverenciándolos!”

Clervil se enfureció por esta reacción, pero logró ocultar su agitación; se apartó con calma de la muchedumbre que lo rodeaba.

Dijo tranquilamente: “Que el cielo perdone a esta desventurada niña... que logre mejorarla, y que nadie en su casa ataque su virtud más de lo que yo hice... mi intención no era destruirla sino darle nueva vida a su corazón.

Este fue el resultado que obtuvieron madame de Farneille y su hija de las negociaciones en que tanto habían confiado. Lejos estaban de darse cuenta del deterioro que el pecado produce en las mentes de los villanos; ciertas cosas que a otros mejoran, a ellos los empeoran, y en las mismas lecciones de la sabiduría descubren estímulo para el mal.

A partir de aquel momento, el antagonismo se hizo más intenso en ambos bandos; Franval y Eugenia vieron claramente que tenían que convencer a madame de Franval de sus malas acciones en forma que no le quedaran dudas; y madame de Farneille y su hija, planearon seriamente raptar a Eugenia. Mencionaron el plan a Clervil, pero éste se negó a participar de hechos tan violentos; según dijo, ya demasiado lo habían utilizado en aquel asunto como para ser capaz de nada que no fuera implorar que las partes culpables fueran perdonadas, cosa esta que hacía con insistencia, y se negó a prestarse para cualquier tipo de servicio o mediación. ¡Qué sentimientos sublimes! ¿Por qué será tan rara esa nobleza entre la gente de su profesión? ¿O por qué sufría tanto este ejemplar excepcional? Comencemos por las tratativas de Franval.

Valmont reapareció.

"Sois un tonto – le dijo el amante de Eugenia –, no merecéis ser mi alumno; y os apalearé ante los ojos de París si en segunda instancia no os conducís en forma más satisfactoria con mi esposa; debéis tomarla, amigo mío, pero realmente tomarla, mis propios ojos deben convencerse de su derrota... en otras palabras, debo privar a esa detestable criatura de todos los medios de excusa y defensa."

"¿Y qué pensará si se resiste?"

"Usaréis la violencia... Me encargaré de que esté sola... Asustadla, amenazadla, ¿qué importa eso? Consideraré cada medio de que os valgáis para el triunfo como un servicio que me hacéis."

"Escuchad – dijo entonces Valmont –, acepto vuestra sugerencia y os doy mi palabra que vuestra esposa cederá, pero os exijo una condición, y nada haré si me la negáis; los celos no deben tener cabida en nuestros arreglos, como bien sabéis; por eso os pido que me permitáis disfrutar de un cuarto de hora con Eugenia... no podéis imaginar cómo me comportaré cuando haya tenido el placer de estar un momento con vuestra hija..."

"Pero Valmont..."

"Comprendo vuestros temores; pero si creéis que soy vuestro amigo no los excuso, sólo aspiro al placer de ver a Eugenia a solas y conversar con ella un momento."

"Valmont – dijo Franval algo sorprendido –, ponéis un alto precio a vuestros servicios; conozco, como vos, lo absurdo de los celos, pero adoro a la niña y prefiero entregar mi fortuna antes que sus favores."

"No aspiro a ellos, calmaos."

Franval podía ver claramente que entre sus relaciones no había ninguna persona que pudiera servirle como Valmont, y estaba ansioso porque no se le escapara de entre las manos.

“Pues bien – le dijo algo enojado –, os repito que vuestros servicios son costosos, si os comportáis como espero os demostraré mi reconocimiento.”

“Oh, el reconocimiento sólo es el precio de los ser vicios honrosos; y nunca lo sentiréis por los que voy a realizar por vos; antes bien, nos disputaremos antes de que pasen dos meses... Vamos, amigo mío, sé como está hecho un hombre... sus errores... y fracasos...y las consecuencias que traen; colocad a esta criatura la peor de todas, en la situación que queráis y podré predecir el resultado con los datos que me dais. Quiero que me paguéis de antemano, o nada haré.”

“Acepto” – dijo Franval.

“Bueno – contestó Valmont –, todo depende ahora de vuestros deseos, actuaré cuando me lo pidáis.”

*“Necesito algunos días para prepararme – dijo Franval –, pero dentro de cuatro, como máximo, estaré con vos.”

Monsieur de Franval había criado a su hija de manera de estar seguro que ningún exceso de modestia la haría negarse a participar en los planes arreglados con su amigo; pero era celoso, Eugenia lo sabía; lo adoraba tanto como él la quería, y admitió, cuando supo lo que iba a pasar, que este tete-a-tete podría tener consecuencias que ella temía. Franval, que creía conocer a Valmont lo suficiente como para estar seguro que él sólo buscaba en todo esto un placer intelectual y no una pasión, alejó los temores de su hija lo mejor que pudo y se hicieron los preparativos.

En ese momento, Franval se enteró por los sirvientes por él pagados en la casa de su suegra, que Eugenia estaba en grave peligro y madame de Farneille estaba a punto de obtener una orden para detenerla. Franval no dudó que el complot era obra de Clervil; abandonó por un momento los planes con Valmont y se dedicó de lleno a desembarazarse del desdichado eclesiástico en quien veía el instigador de todo. Gastó algo de dinero, puso esa arma poderosa en todos los vicios en muchas manos distintas; y finalmente seis fieles villanos estuvieron de acuerdo en llevar a cabo sus órdenes.

Una noche, cuando Clervil, quien a menudo cenaba en casa de madame de Farneille, salía solo y a pie, fue rodeado y apresado... le dijeron que eran órdenes del gobierno. Le entregaron una orden de captura, lo introdujeron en un coche de posta y lo llevaron a toda prisa al calabozo de un castillo apartado, propiedad de Franval en las profundidades de las Ardenas. El desdichado fue entregado al encargado de este lugar

acusado de criminal que había tratado de quitar la vida a su amo; y se tomaron precauciones para evitar que la desgraciada víctima, cuyo único error había sido su indulgencia para quienes tan cruelmente lo habían ultrajado, pudiera volver a ver nuevamente la luz del día.

Madame de Farneille estaba desesperada. No dudaba que su yerno era el culpable de este hecho; los esfuerzos necesarios para encontrar a Clervil atrasaron los preparativos para el rapto de Eugenia; con pocas amistades y crédito se hacía muy difícil encarar ambos objetivos simultáneamente, pero la violenta acción de Franval lo hizo necesario. Sólo pensaban en el guía espiritual, pero toda búsqueda fue vana; el villano había trazado tan buenos planes que fue imposible hallar nada: Madame de Franval no osó hacer muchas preguntas a su marido, no se habían hablado desde la última escena, pero cuando los propios intereses son grandes, se destruyen las consideraciones; finalmente halló el coraje necesario para preguntarle a su tiránico esposo si tenía la intención, además de todos los malos designios que sobre ella pesaban, de privar a su madre del único amigo que tenía en el mundo. El monstruo se defendió; su hipocresía lo llevó a ofrecerse para realizar una búsqueda personalmente; al ver que para prepararle el terreno a Valmont debía suavizar el corazón de su esposa prometiéndole hacerlo todo por hallar a Clervil, prodigó sus lascivas caricias a esta pobre crédula, y le aseguró que por más infiel que le fuera, se le hacía imposible no adorarla en lo más profundo de su corazón, y madame de Franval, siempre dispuesta a la reconciliación y las dulces actitudes, también complacida por las cosas que la acercaban al hombre que le era más caro que la vida misma, condescendió a todos los deseos de su infiel esposo, y los compartió, sin osar aprovechar el momento, como hubiese debido hacerlo para obtener de él por lo menos una mejor conducta, que no sumiera a su infeliz esposa en un abismo de tormento y horror. Pero si hubiera tratado, ¿hubieran sido fructíferas sus tentativas? ¿Acaso Franval, que era tan engañoso en todas las acciones de su vida hubiera sido más sincero en aquella, que según él, era sólo atrayente en 'bien de sus ventajas materiales? No hay duda que lo hubiera aceptado todo por el sólo placer de romper todas sus promesas, quizá hubiera llegado a querer que la gente le exigiera juramentos, para poder agregar los atractivos del perjurio a su horrible goce.

Franval, que estaba a la sazón muy a sus anchas sólo pensaba en contrariar a los demás; se comportaba de esta forma vengativa, desenfrenada e impetuosa cuando se sentía molestado; deseaba volver a tener su tranquilidad a todo precio, y para obtenerla adoptaba el único medio que haría que la perdiera nuevamente. Si la obtenía empleaba todas sus facultades morales y físicas para perjudicar a los demás; por eso siempre estaba agitado, tenía que anticiparse a las astucias que forzaba a los demás a emplear, o de lo contrario, usar-las personalmente contra los demás.

Todo fue arreglado para satisfacer a Valmont, y el *ête-à-tête* duró casi una hora en las dependencias de Eugenia.

Allí, en una habitación decorada, Eugenia, sobre un pedestal, representaba a una joven salvaje agotada por la caza, que se recostaba contra el tronco de una palmera, las ramas de la cual ocultaban una cantidad infinita de luces arregladas de tal manera que iluminaban los encantos de la hermosa niña destacándolos con el arte más fino. El pequeño teatro donde estaba de pie la estatua animada, estaba rodeado por un canal, de un metro ochenta de ancho y lleno de agua que hacía las veces de barrera a la joven salvaje y evitaba que nadie se le acercara por ninguno de los lados; en el borde de este foso estaba ubicado el sillón de Valmónt, al cual había atada una cuerda de seda. Si tiraba de la misma, podía hacer girar el pedestal de forma de poder ver el objeto de su adoración de todos lados, y tal era la postura del mismo que de cualquier forma que se lo hiciera girar, siempre ofrecía un aspecto agradable. Franval, oculto detrás de una decoración de hojas, podía observar simultáneamente a su amante y a su amigo, y la contemplación, como se había arreglado en el último encuentro debía durar media hora... Valmont se ubicó... estaba embriagado; nunca, dijo, habían aparecido ante sus ojos tantos encantos. Cedió al éxtasis que lo embargaba, la cuerda se movía incesantemente para ofrecerle a cada instante una nueva atracción. No sabía cuál adorar, cuál preferir; ¡todo lo que con Eugenia se relacionaba era tan hermoso! Sin embargo, los minutos corrían, se van tan rápidamente en esas circunstancias. Sonó la hora, Valmont se entregó y una nube de incienso se elevó rápidamente de los pies de la diosa cuyo santuario le estaba prohibido. Una cortina de gasa descendió, había llegado el momento de partir.

“¿Estáis satisfecho?” – dijo Franval al unirse a su amigo.

“Es una criatura deliciosa – contestó Valmont – ; pero Franval, aceptad mi consejo, no os arriesguéis a algo parecido con otro hombre, y felicitaos por los sentimientos de mi corazón que os aseguran contra todo peligro.”

“Mi respuesta es – contestó Franval seriamente –, actuad lo más pronto posible.”

“Mañana prepararé a vuestra esposa... es necesaria una corta conversación preliminar... cuatro días después, podéis contar conmigo.”

Ambos se hicieron promesas recíprocas y se separaron.

Pero era de esperar que después de semejante encuentro, Valmont no quisiera traicionar a madame de Franval o permitirle a su amigo una conquista que provocaba su envidia... Eugenia le había causado una impresión tan profunda que no podía renunciar a ella; estaba decidido a tenerla por esposa, cualquiera fuera el costo. Al meditarlo cuidadosamente, con tal de no ser rechazado por la intriga de Eugenia con su padre, estaba seguro que su suerte sería la de Colunce, y estaba igualmente justificado para aspirar a la misma alianza; por eso pensó que al presentarse como pretendiente no podía ser rechazado y que si actuaba con energía, para lograr romper los vínculos incestuosos de Eugenia, prometiendo a la familia que triunfaría en esto, no podía dejar de obtener el

objeto de su admiración... después de una pelea con Franval, con la esperanza que su propia valentía y astucia le permitirían ser el triunfador. Veinticuatro horas fueron suficientes para estas reflexiones y Valmont, con la cabeza llena de estas ideas, fue a ver a madame de Franval. Ella había sido prevenida; debemos recordar que durante la última entrevista con su esposo, casi se habían reconciliado, o, antes bien, al haber cedido a los insidiosos artificios de su infiel esposo, no podía negarse a ver a Valmont. Había discutido por el asunto de las cartas, las palabras e ideas de Franval; pero este último, quien ya no parecía interesarse por nada, le había asegurado con firmeza que la forma más segura de dar la impresión que todo era falsa o ya no existía, era ver a su amigo como de costumbre; si se negaba a hacerlo, le había dicho, estaría justificando sus sospechas; la mejor prueba que una mujer puede presentar de su honor era seguir viendo en público al hombre a quien se había mencionado como ligado a ella; todo esto era engañoso, madame de Franval lo sabía perfectamente, pero esperaba obtener una explicación de Valmont; su deseo de tenerla, sumado a su ansiedad por no disgustar a su esposo, le había hecho olvidar todo lo que desde un punto de vista racional, hubiera debido evitar que viera al joven. Valmont llegó y Franval los dejó precipitadamente, solos, como en la última ocasión: las explicaciones serían animadas y largas; Valmont, como poseído por sus ideas, cortó por lo sano y fue al grano.

“Madame – se apresuró a decir –, no me sigáis considerando el mismo hombre que se cubrió de culpa ante vuestros ojos la última vez que habló con voz; en aquella oportunidad yo era el cómplice de las malas acciones de vuestro esposo, hoy vengo a hacer una buena acción; pero confiad en mí, señora; os ruego aceptar mi palabra de honor que no vengo a mentiros ni a imponerme ante vos, de ninguna manera.”

Luego admitió la historia de las cartas y documentos falsificados, y le rogó que lo perdonara por haberse prestado, previno a madame de Franval de los nuevos horrores que ahora se le exigirían, y para probar su franqueza, admitió sus sentimientos por Eugenia, divulgó lo que había tenido lugar, y le dijo que había decidido poner fin a todo aquello, raptar a Eugenia de manos de Franval y llevarla a Picardía, a una de las propiedades de madame de Farneille, si ambas damas le permitían hacerlo y le prometían como recompensa la mano de la niña que rescataría de la perdición.

Las confesiones de Valmont parecían tan veraces, que madame de Franval no pudo evitar dejarse convencer; Valmont era un partido excelente para su hija; ¿después del comportamiento de Eugenia podía esperar tanto? Valmont se responsabilizó por todo, era el único medio de terminar con el modo de vida horrible y criminal que era la desesperación de madame de Franval; ¿no podría esperar además un cambio en los sentimientos de su esposo después del desenlace de la única intriga que realmente podría resultar peligrosa para ella y para él? Estas consideraciones la decidieron, aceptó, pero con la condición que Valmont le diera la palabra que no se batiría a duelo con su esposo, que se iría al extranjero después de haber devuelto a Eugenia a madame de Farneille y se

quedaría allí hasta que Franval se consolara de la pérdida de su amor ilícito y consintiera al casamiento.

Valmont se encargó de todo; madame de Franval, por su parte, respondía por la reacción de su madre, le aseguró que no se opondría a los planes que juntos estaban trazando y Valmont se retiró después de volver a excusarse ante madame de Franval por haber sido capaz de actuar en su contra en todo lo que el des-honroso marido le había pedido. Madame de Farneille fue informada de todo y partió para Picardía al día siguiente, mientras Franval, arrastrado por el perpetuo torbellino de placer. Que confiaba plenamente en Valmont, y ya no temía a Clervil, cayó en la trampa que había sido preparada con la misma facilidad que tan a menudo esperaba ver en los demás, cuando él, a su vez quería tenderles un lazo.

Durante los últimos seis meses, Eugenia, quien ya tenía diecisiete años había salido sola muy a menudo o con unas pocas compañeras. Un día antes que Valmont, según el arreglo hecho con su amigo, debiera atacar a madame de Franval, Eugenia salió absolutamente sola para ver una nueva obra de la Comédie Française y de allí partió para reunirse con su padre en una casa donde habían decidido encontrarse, de allí irían a otra donde cenarían... Apenas había salido su carruaje del Faubourg Saint-Germain, cuando diez enmascarados detuvieron los caballos, abrieron las puertas, tomaron a Eugenia y la precipitaron en un coche de posta, al lado de Valmont, quien, a la vez que hacía cuanto podía para sofocar sus gritos, arrancó a toda prisa, y estuvo en las afueras de París en muy poco tiempo.

Lamentablemente, había sido imposible desembarazarse de los sirvientes de Eugenia y su carruaje, lo cual provocó que Franval fuera informado inmediatamente. Valmont había contado con la inseguridad de Franval en cuanto a la dirección que había tomado y con las dos o tres horas que necesitaría para partir. Bastaba con que llegara a la propiedad de madame de Farneille, porque allí dos mujeres de confianza y un coche de posta estarían esperando para llevar a Eugenia la frontera, y a un escondrijo desconocido hasta por Valmont, quien debería partir de inmediato a Holanda y volvería para casarse con la joven, tan pronto como madame de Farneille le hiciera saber que ya no había obstáculos; pero el destino hizo que estos planes fallaran, a causa de los horribles designios del villano Franval.

Cuando Franval se enteró, no perdió ni un momento, fue hasta la posta más próxima y averiguó para qué rutas se habían alquilado caballos desde las seis de la tarde. A las siete había partido un coche cerrado para Lyon y a las ocho un coche había salido a Picardía; Franval no vaciló, el carruaje para Lyon no le interesaba de manera alguna, pero un coche que se dirigía a la provincia donde madame de Farneille poseía tierras... ése debía ser, sería una locura dudarle; de inmediato hizo atar a su carruaje los ocho mejores caballos de la posta, hizo que sus sirvientes eligieran jacas, compró y cargó pistolas mientras ataban los caballos, y salió con la velocidad de una flecha adonde el

amor, la desesperación y la venganza lo conducían. Mientras cambiaba caballos en Senlis supo que el coche que perseguía acababa de salir... Franval ordenó partir a la velocidad del rayo; dio alcance al coche, sus sirvientes y él mismo, con las pistolas en la mano, detuvieron el postillón de Valmont, y el impetuoso Franval, al reconocer a su adversario, le voló los sesos antes de que pudiera defenderse, arrancó a Eugenia del coche en estado inconsciente, de un salto trepó en el suyo, y estuvo de regreso en París antes de las diez de la mañana. Sin importarle mucho lo que había ocurrido. Franval sólo prestaba atención a Eugenia... ¿Acaso el traicionero Valmont no había tratado de sacar partido de las circunstancias? ¿Seguía siéndole fiel Eugenia y no había sido mancillada su culposa alianza? Mademoiselle de Franval tranquilizó a su padre. Valmont sólo le había esbozado sus planes y lleno de esperanzas de casarse pronto con ella, se había abstenido de desecrar el santuario ante el cual quería presentar un homenaje immaculado; las palabras de Eugenia tranquilizaron a Franval... Pero su mujer... ¿estaba al tanto de aquellas maquinaciones? Eugenia, que había tenido tiempo de descubrirlo, le aseguró que todo era obra de la madre, a quien aplicó numerosos adjetivos odiosos, y que el encuentro fatal, durante el cual Franval había estado seguro que Valmont se preparaba para servirle tan bien, había sido sin duda aquel durante el cual lo habían traicionado de la manera más vergonzosa.

“Ah – dijo Franval, furioso –, por qué no habrá tenido mil vidas... todas se las hubiera arrancado... una después de la otra... ¡Y mi esposa! ...cuando yo trataba de calmarla... fue la primera en engañarme... la criatura que todos consideran tan amable... ese ángel de virtud! Ah, traidora, traidora, pagarás caro tu crimen... mi venganza necesita sangre, y si es necesario iré a succionarla con mis propios labios de tus pérfidas venas... Calmaos, Eugenia – prosiguió Franval, en forma violenta –, sí, calmaos, necesitáis reposo, descansad algunas horas, yo me encargaré de esto.”

Sin embargo, madame de Farneille había apostado espías a lo largo del camino y pronto fue informada de todo lo que había pasado; como sabía que su nieta había sido traída y Valmont había sido muerto, regresó a París de inmediato. Furiosa reunió a sus consejeros; le dijeron que el asesinato del Valmont pronto pondría a Franval en sus manos; el crédito de éste, del que tanto temía, desaparecería instantáneamente, y que pronto volvería a asumir el control de su hija y de Eugenia; pero le aconsejaron que evitara la publicidad, y en caso de incurrir en una acción legal destructiva, obtener un orden que pusiera a su yerno bajo arresto. Franval fue informado de inmediato de este consejo y de las consecuencias que de él se seguirían; también se enteró que el asunto era del conocimiento del público y que su suegra estaba esperando su ruina para aprovechar la situación. Se apresuró a ir a Versalles, vio al ministro, le dijo todo, y recibió el consejo de ocultarse de inmediato en la propiedad que poseía en Alsacia, en el límite con Suiza. Franval volvió en seguida y, decidido a llevar a cabo su venganza, a castigar la traición de su mujer y de retener la posesión de cosas lo suficientemente queridas por madame de Farneille como para que ésta no osara, por lo menos desde el punto de vista legal, actuar en su contra, decidió partir para Valmor, la propiedad adonde el ministro le había aconsejado ir, en compañía de su esposa e hija ...¿pero madame de

Franval aceptaría? ¿al sentirse culpable de la traición que había conducido a todos estos acontecimientos, se atrevería a alejarse tanto? ¿Osaría confiarse a la protección de un marido ultrajado? Franval experimentaba cierta ansiedad por todo esto; para descubrir cuáles eran sus límites, se encaminó a las dependencias de su esposa. Ella ya estaba al tanto de todo.

“Señora – le dijo fríamente –, con vuestra arrojada indiscreción me habéis arrojado a un abismo de infortunio; critico los resultados y sin embargo apruebo la causa, que sin duda alguna es el amor que sentís por mí y por vuestra hija, y puesto que los primeros errores fueron cometidos por mí, debo olvidar los que siguieron. Querida y amante mía de mi vida – prosiguió, mientras se arrojaba a sus pies –, ¿aceptaríais una reconciliación que nada en el futuro podrá perjudicar? He venido a ofrecéroslo y éste es mi alegato...”

Entonces colocó frente a ella los papeles falsificados que se pretendía fuera la correspondencia con Valmont.

“Quemadlo todo, querida amiga, os lo ruego – continuó el traidor con lágrimas fingidas –, y olvidad lo que los celos me hicieron hacer, desterramos la amargura que hay entre nosotros; estaba equivocado, lo confieso; pero quién sabe si Valmont, para triunfar en sus intenciones, no me acusó más de lo que merezco ante vuestros ojos... Si se atrevió a decir que pude dejar de quereros... que no habéis sido siempre la criatura más preciosa y estimable del mundo para mí; ¡ah, ángel querido, si me ha acusado de tales calumnias, qué bien hice al privar al mundo de semejante tramposo e impostor!”

“Señor – dijo madame de Franval llorando –, ¿es posible concebir las atrocidades de que me hicisteis víctima? ¿Cómo podéis esperar que tenga confianza en vos después de tantos horrores?”

“¿Quiero que me sigáis queriendo, mujer amante y amable! Acusad a mi mente de mis faltas, pero con-venceos que mi corazón, sobre el cual siempre habéis reinado, nunca fue capaz de traicionaros..., sí, quiero que sepáis que cada error sólo ha servido para acercarme más a vos... ¡Cuanto más me alejaba de mi cara esposa, menos posibilidades veía de volver a encontrarla; ni los placeres ni los sentimientos pudieron igualar a aquellos que mi inconstancia me hizo perder, y en los brazos mismos de su imagen, lamentaba la realidad... Oh, amada y divina amiga, ¿dónde pudiera encontrar un alma como la vuestra? ¿Los favores que en vuestros brazos se encuentran? Sí, abjuro de mis errores... sólo para devolver a vuestro corazón herido el amor tan injustamente destruido por las malas acciones... de cuyo recuerdo abjuro también.”

¿Era posible que madame de Franval se resistiera a las amorosas observaciones de un hombre a quien todavía adoraba? ¿Puede uno odiar a una persona a quien ha amado profundamente? ¿Una mujer atractiva con alma sutil y sensata puede quedarse impávida

cuando ve a sus pies al hombre que tan caro le ha sido, bañado en lágrimas? Los sollozos la invadían...

“Yo – dijo, mientras apretaba las manos del esposo contra su corazón...–, ¡yo, que nunca dejé de adoraros, oh, hombre cruel! Yo soy la dueña del corazón que rompéis. Ah. El Cielo es mi testigo, de todos los látigos con los que me habéis castigado, el temor de haber perdido vuestro amor o de que sospecharais de mi, se hizo el más doloroso de todos... Y más aún, ¿quién elegisteis para ultrajarme? ¡A mi hija! Con sus manos me habéis hendido el corazón... ¿queréis forzarme a odiarla, cuando la naturaleza la hizo tan cara para mi existencia?”

“Ah – dijo Franval ardientemente –, quiero que volváis a quererla, quiero que abjure, de rodillas como yo lo hago, de su desvergüenza y malas acciones... que pueda ser perdonada, como yo. Ahora los tres sólo debemos pensar en nuestra felicidad. Os devolveré a vuestra hija... devolvedme a mi esposa... y huyamos.”

“¡Huir, Dios mío!”

“Se habla de extravagancias... Mañana podré estar arruinado... Mis amigos, el ministro, todos me han aconsejado hacer un viaje a Valmor... ¿os dignaréis acompañarme, amor mío? ¿En el momento en que me postro para pedir vuestro perdón me romperéis el corazón negándoos?”

“Me asustáis, este asunto...”

“¡Es considerado como asesinato, no como duelo!”

“¡Oh, cielos! ¡Y yo soy la causa! Impartid vuestras órdenes: haced lo que queráis conmigo, amado esposo... Si es necesario os seguiré hasta el fin del mundo... ¡Oh, soy la más infeliz de las mujeres!”

“Decid en cambio la más afortunada, puesto que cada momento de mi vida lo dedicaré a transformar en flores las espinas sobre las que camináis... ¿Acaso un desierto no es suficiente cuando uno está enamorado? Además, esto no durará para siempre; mis amigos han sido informados y actuarán.”

“Y mi madre... quisiera verla...”

“Ah, no lo hagáis, querida amiga, tengo pruebas seguras que está incitando a los padres de Valmont... que ella mismo persigue mi caída...”

“Es incapaz de hacerlo; dejad de imaginar esos horrores; su alma está hecha para el amor y no conoció el engaño... nunca la habéis apreciado, Franval... ¿Por qué no

habéis podido amarla como yo! Con ella hubiéramos encontrado felicidad en este mundo. Era el ángel de paz ofrecido por el cielo para enmendar los errores de vuestro modo de vida, vuestra injusticia rechazó su amor, que siempre estuvo dispuesto a aceptar vuestro afecto, y por medio de la indiscreción y el capricho, la ingratitud y la licencia, os habéis privado de la mejor y más afectuosa amiga que la naturaleza creó para vos: ¿no podré verla?”

“No, os ruego seriamente que no lo hagáis... ¡Los minutos son de oro! Le escribiréis y le diréis de mi arrepentimiento... Quizá ceda a mi remordimiento... quizá algún día recupere su estima y amor; todo se arreglará, volveremos... Volveremos para gozar entre sus brazos de su perdón y afecto... Pera ahora, partamos, querida... debemos hacerlo en una hora y los carruajes nos esperan.”

Madame de Franval estaba asustada y ya no osaba responder; se preparó para la partida: los deseos de Franval eran órdenes para ella. El traidor se apresuró a hablar con su hija y la llevó ante la madre; la engañosa criatura se postró frente a ella en la misma forma en que lo había hecho su padre: lloró, imploró su perdón y lo obtuvo. Madame de Franval la abrazó ¡es tan difícil olvidar que una es madre, por mucho que un hijo la haya herido!... La voz de la naturaleza es tan importante en un alma sensible, que una sola lágrima de esas sagradas criaturas es suficiente para hacernos olvidar los errores y equivocaciones por ellas cometidos.

Partieron para Valmor. La gran prisa con que se vieron obligados a viajar justificó, ante los ojos de madame de Franval, siempre crédula y ciega, los pocos sirvientes que llevaron con ellos. El crimen evita los ojos de los demás... les teme; puesto que sólo puede haber seguridad en el secreto, los criminales se rodean de misterio cuando quieren actuar.

En el campo, se cumplieron todas las promesas; atención constante, consideración, respeto y ternura por un lado... el amor más violento por el otro, toda esta lascivia sedujo a la desventurada madame de Franval... Lejos de todo, separada de su madre, viviendo en las profundidades de una horrible soledad, se sentía feliz porque tenía, según decía, el amor de su esposo y porque su hija, quien siempre estaba a su lado, sólo se ocupaba de complacerla.

Las dependencias de Eugenia y su padre ya no estaban contiguas; Franval se alojaba en el extremo del castillo y Eugenia cerca de su madre; y en Valmor el decoro, la buena conducta y la modestia reemplazaron en forma sorprendente todas las licencias de la capital. Todas las noches Franval visitaba a su esposa, y en medio de la inocencia, la candidez y el amor, el bribón se atrevía a alimentar esperanzas con su vil conducta. Este villano era lo suficientemente cruel como para no desarmarse con las ardientes caricias que le prodigaba permanentemente la más sensible de las mujeres, y en la misma antorcha del amor, él encendió la de la venganza.

Es fácil imaginar, sin embargo, que la atracción que Franval sentía por Eugenia no había disminuido. A la mañana, mientras su madre se arreglaba, Eugenia se encontraba con su padre en un rincón remoto del jardín, y de él obtenía la información necesaria sobre la manera de conducirse de un día para otro, y también los favores que lejos estaba de dejar enteramente en manos de su rival.

Apenas hacía una semana que estaban en aquella casa cuando Franval supo que la familia de Valmont había iniciado las acciones en su contra, y que el asunto iba a ser tratado con extrema seriedad; era imposible, aparentemente, hacerlo pasar por duelo, lamentablemente había habido demasiados testigos; además, también le dijeron a Franval, madame de Farneille estaba a la cabeza de los enemigos de su yerno, y quería completar su caída privándolo de la libertad o forzándolo a abandonar Francia, para volver a tener a su lado a los dos seres adorados que estaban separados de ella.

Franval mostró aquellas cartas a su esposa; ella de inmediato tomó la pluma para calmar a su madre y para describirle la felicidad de que, gozaba desde que la desventura había calmado el corazón de su infeliz esposo; además le aseguró a su madre que sería inútil persuadirla de volver a París con su hija, que ella estaba decidida a no salir de Valmor hasta que se hubieran arreglado los asuntos de su esposo y que si la malicia de sus enemigos o lo absurdo de los fueros lo hacían pasible de una sentencia que pudiera dañar su reputación, estaba decidida a escapar de Francia con él.

Franval agradeció a su esposa; pero como no estaba dispuesto a esperar lo que le estaba destinado, le dijo que iría a pasar algún tiempo en Suiza, que dejaría a Eugenia con ella, y rogó a las dos no salir de Valmor hasta que el futuro fuera más claro; que volvería, pasara lo que pasara, para estar veinticuatro horas con su querida esposa para decidir juntos la forma de llegar a París, si nada lo impedía, o de lo contrario, de vivir seguros en algún lugar.

Una vez tomadas estas decisiones, Franval, que no había olvidado que la imprudencia de su esposa con Valmont era una de las causas de sus impedimentos, y que sólo pensaba en la venganza, dijo a su hija que esperaría por ella del otro lado de la propiedad. Se encerró con ella en un pequeño pabellón y después de hacerle jurar la obediencia más ciega a todo lo que le dijera, la besó y habló como sigue:

“Vais a perderme, hija mía... Quizá para siempre...”

Eugenia rompió a llorar.

“Calmaos, ángel mío – le dijo –, el remedio para nuestra felicidad depende de vos, y en Francia o en otra parte podremos ser felices, o casi, como lo fuimos. Espero, Eugenia, que estaréis plenamente convencida que vuestra madre es la única causa de todo nuestro infortunio, sabéis que no he olvidado la venganza; si se la he ocultado a mi

esposa, conocéis los motivos, los habéis aprobado, me habéis ayudado con vuestro prudente silencio; el final ha llegado, Eugenia; debemos actuar, vuestra paz espiritual depende de ello, y lo que vamos a emprender me asegura la mía para siempre; me comprendéis, espero, y sois demasiado inteligente para alarmaros por un momento por lo que os sugiero... Sí, hija mía, debemos actuar, debemos hacerlo de inmediato y sin sentir remordimientos, y vos debéis llevar a cabo el hecho. Vuestra madre trató de haceros infeliz, ha empeñado el amor que exige, ha perdido sus derechos al mismo; desde entonces, ella es para vos como cualquier otra mujer, se ha transformado en vuestra más mortal enemiga; las leyes de la naturaleza que están inscritas en nuestro corazón nos dictan que debemos desembarazarnos primeramente, si podemos, de aquellos que conspiran contra nosotros, estas leyes sagradas que nos dirigen e inspiran, no nos hacen amar a otras personas más que a nosotros mismos... Nosotros primero, los otros después, ésa es la ley de la naturaleza; como resultado, no queda respeto ni consideración para los otros cuando demuestran que nuestra infelicidad o caída es lo único que desean; actuar de otra manera, hija mía, significaría preferir los otros a nosotros mismos, y sería absurdo. Dedicuémonos ahora a los motivos que deben determinar la acción que os aconsejo llevar a cabo.

“Yo estoy forzado a partir de todas maneras, sabéis por qué; si os dejo con esta mujer, será convencida por su madre y dentro de va mes os llevará de regreso a París; puesto que el reciente escándalo os impedirá casaros, podéis estar segura que las dos crueles mujeres se impondrán sobre vos para poner os en un convento donde lloraréis para siempre vuestra debilidad y las delicias que hemos perdido. Vuestra abuela, Eugenia, es quien ha iniciado juicio en mi contra, quien se ha unido a mis enemigos para completar mi caída; ¿acaso esas acciones pueden tener otro objetivo que no sea volver a ganarnos y acaso podría tomaros sin encerraros? ¡Cuanto más se deteriora mi posición, más poder y crédito consiguen nuestros torturadores! Pero no debemos dudar que vuestra madre se halla a su cabeza, no debemos dudar que se sumará a ellos tan pronto como yo parta; pero sólo desean arruinarme para hacer de vos la más desdichada de las mujeres; por lo tanto, debemos debilitarlos sin tardanza, y su más importante fuente de energía terminará con la desaparición de madame de Franval. Si actuamos de otra manera y os llevo conmigo, vuestra madre se enojará y se unirá a su madre de inmediato a partir de ese momento, Eugenia, no habrá paz para nosotros, nos buscarán y perseguirán en todas partes, ni un solo país tendrá el derecho de ofrecernos un lugar de re-poso, ni un refugio sobre la faz de la tierra se volverá sagrado o inviolable a los ojos de los monstruos cuya rabia nos perseguirá; ¿desconocéis hasta qué punto esas armas odiosas del despotismo y la tiranía pueden llegar, cuando están pagadas con oro y dirigidas por el mal? Si vuestra madre muere, por el contrario, madame de Farneille, quien la ama más que a vos, y que de todo participa por su bien, al ver privado a su grupo del único ser que a él la liga, abandonará todo y ya no incitará a mis enemigos o los levantará en mi contra. Después de eso, una de las alternativas prevalecerá: o se arregla el asunto Valmont, y nada nos impedirá volver a París; o de lo contrario se decidirá en mi contra y nos veremos forzados a partir al extranjero pero por lo menos estaremos protegidos de los ataques de la Farneille, quien, mientras nuestra madre siga

con vida, sólo se ocupará de nuestra desdicha porque, una vez más, cree que la felicidad de su hija sólo puede alcanzarse en nuestra caída.

“Desde cualquier punto de vista que miréis nuestra situación, comprenderéis que madame de Franval perturba nuestra paz espiritual, y su detestable existencia es el mayor obstáculo a nuestra felicidad.

“Eugenia, Eugenia –Franval prosiguió con ardor mientras tomaba la mano de su hija entre las suyas...–, querida Eugenia, me amáis, ¿acaso por temor a un hecho esencial para nuestros intereses, queréis perder para siempre al hombre que os adora? Oh, querida y adorada Eugenia, tomad una decisión, sólo podéis conservar a uno de vuestros padres; os veis forzada al parricidio, ahora sólo os basta escoger el corazón que vuestro puñal criminal atravesará; o vuestra madre debe perecer, o debéis renunciar a mí... ¡Qué digo, tendréis que matarme!... ¡Oh! ¿Podría yo vivir sin vos?... ¿Creéis que me es posible existir sin mi Eugenia? ¿Podría resistir el recuerdo de los placeres de que gocé en vuestros brazos?... ¿Esos deliciosos placeres perdidos para mis sentidos para siempre? Vuestro crimen, Eugenia, vuestro crimen es el mismo en ambos casos; o destruís a una madre que os odia y que sólo vive para provocar vuestra desdicha, o deberéis asesinar a un padre que sólo existe para vos. Elegid, elegid, Eugenia, y si soy yo a quien condenáis, no vaciléis, desagradecida niña, hended sin piedad a este corazón cuyo único error fue amaros demasiado. bendeciré los golpes que provengan de vuestra mano y mi último suspiro será para adoraros.”

Franval guardó silencio para escuchar la respuesta de su hija; pero profundos pensamientos parecían hacerla vacilar... Finalmente se arrojó a los brazos de su padre.

“Oh, vos, a quien toda mi vida amaré –gritó–, ¿podéis poner en duda mi decisión? ¿Podéis sospechar que me falta valentía? Poned de inmediato un arma entre mis manos, y la que está proscrita por sus propios hechos horribles, y la necesidad de vuestra seguridad, pronto caerá bajo mis golpes; instruidme, Franval, decidme lo que he de hacer, puesto que esto es esencial para vuestra paz espiritual, actuaré durante vuestra ausencia, os informaré de todo; pero pase lo que pase... tan pronto como vuestro enemigo sea destruido, no me dejéis sola en este castillo, insisto... venid y llevadme o decidme dónde puedo unirme a vos.”

“Adorada hija –dijo Franval, mientras abrazaba a ese monstruo a quien había seducido demasiado–, sabía que encontraría en vos todos los sentimientos de amor y determinación necesarios para nuestra felicidad... Tomad esta caja... La muerte duerme en ella...”

Eugenia tomó la caja fatal y tranquilizó a su padre; se tomaron otras decisiones; se arregló que ella esperaría los resultados del juicio, y que el crimen proyectado tendría lugar o no, según qué se decidiera a favor o en contra de su padre. Se separaron, Franval

vio a su esposa, llevó su audacia e hipocresía al punto de llorar amargamente frente a ella hasta que recibió la caricia inocente y emocionada de este ángel celestial. Luego, cuando se llegó al acuerdo que ella se quedaría definitivamente en Alsacia con su hija, cual fuera el resultado de la acción legal, el villano montó su caballo y partió, lejos de la inocencia y la virtud que habían sido tan mancilladas por sus pecados.

Franval se estableció en Basilea, para estar a salvo de la acción judicial que se podría tomar en su contra y al mismo tiempo quedar lo más cerca posible de Valmor, de forma que aunque se notara su ausencia, sus cartas pudieran mantener a Eugenia en el estado de ánimo que él quería. Había unas veinticinco leguas de Basilea a Valmor, pero las comunicaciones eran lo suficientemente fáciles, aunque atravesaban la Selva Negra, para que él recibiera noticias de su hija una vez por semana. En caso de emergencia, Franval había llevado consigo grandes sumas de dinero, pero más en billetes que en plata. Dejémoslo que se instale en Suiza y volvamos a su esposa.

Nada podía ser más puro y sincero que las intenciones de esta notable mujer; había prometido a su esposo permanecer en la propiedad campestre hasta que aquél le diera nuevas órdenes; nada podría hacerle cambiar de idea, se lo repetía a Eugenia todos los días... Lamentablemente, Eugenia estaba demasiado lejos para sentir la confianza que esta honrosa madre debía inspirarle; todavía compartía con Franval una actitud injusta – sentimiento que mantenía vivo en sus cartas– e imaginaba que no podía tener enemigo en el mundo que fuera peor que su madre. Sin embargo, no había nada que esta última no hiciera para vencer la invencible lejanía que la desagradecida niña conservaba en el fondo de su corazón; la madre la abrumaba de caricias y amor, afectuosamente le participaba sus esperanzas de un pronto regreso de Franval, empleando amabilidad y cumplidos al punto de agradecerle a veces a Eugenia y permitirle todo el mérito de la feliz conversión; luego expresaba su desconsuelo por haber sido la causa inocente de las nuevas desgracias que acechaban a Franval; lejos de acusar a Eugenia, se culpaba a ella misma y, a la vez que la apretaba contra su pecho, le preguntaba llorando si alguna vez podría perdonarla... Eugenia se resistía a estas observaciones angelicales, aquel corazón perverso ya no escuchaba a la voz de la naturaleza, el vicio había bloqueado todos los caminos que hubieran podido conducir a él... Se apartaba fríamente de los brazos de su madre, la miraba con los ojos algo salvajes, y pensaba, para darse coraje: Cuán falsa es esta mujer... cuán traicionera... me abrazó de la misma forma el día que me raptó. Pero estos injustos reproches eran sólo el abominable ergotismo con que los criminales se sostienen, cuando quieren acallar la voz de la obligación. Cuando había raptado a Eugenia, por el bien de su felicidad y su propia paz espiritual y en interés de la virtud, madame de Franval había logrado ocultar su acción, tales fingimientos sólo son desaprobados por la persona culpable a quien engañan, no ofenden al virtuoso. Eugenia soportaba todo el afecto de madame de Franval porque quería cometer un horrible hecho y de ninguna manera a causa de los errores de una madre que ciertamente ninguno había cometido en contra de su hija.

Casi al terminar el primer mes en Valmor, madame de Farneille escribió a su hija que el juicio en contra de su esposo se estaba poniendo extremadamente serio, y que dado que existía el peligro que fuera condenado, el regreso de madame de Franval y Eugenia se hacía necesario, tanto para impresionar al público, que decía las peores cosas, como para unirse a ella para solicitar un arreglo que pudiera desarmar a la justicia y tratar a la parte culpable sin sentenciarlo a muerte.

Madame de Franval, que había decidido no guardar secretos a su hija, le mostró la carta de inmediato; Eugenia miró fijamente a su madre y le preguntó con frialdad, ¿qué actitud pensaba tomar al recibir tan tristes noticias?

“No lo sé – replicó madame de Franval –, en realidad, ¿qué finalidad tiene que nos quedemos aquí? ¿No será mil veces más útil a mi esposo que aceptáramos el consejo de mi madre?”

“Vos estáis a cargo, madame –contestó Eugenia–, yo me limitaré a hacer lo que digáis, y os obedeceré.”

Pero madame de Franval, al darse cuenta por el tono de su hija que esta decisión no le agradaba, dijo que seguiría esperando, que volvería a escribir, y que Eugenia podía estar segura que si no cumplía con los deseos de Franval, era sólo por la certeza que podría serle más útil en París que en Valmor.

Otro mes pasó durante el cual Franval no cesó de escribir a su esposa e hija, ni de recibir de ellas las cartas más complacientes, puesto que veía en las de la primera una perfecta obediencia a sus deseos, y en las de la segunda la más completa determinación a ejecutar el crimen proyectado, tan pronto como los acontecimientos lo exigieran, o tan pronto como madame de Franval pareciera ceder a las demandas de su madre; “por qué –decía Eugenia en sus cartas– si nada veo en vuestra esposa salvo rectitud y honestidad, y los amigos que vigilan vuestros asuntos en París logran arreglar los asuntos satisfactoriamente, depositaré en vuestras manos la tarea que me habéis confiado, y la llevaréis a cabo vos mismo cuando estemos juntos, si consideráis que es el momento oportuno, a menos que me ordenéis actuar en cualquier caso, y lo halláis indispensable, entonces asumiré toda la responsabilidad, de ello podéis estar seguro.”

Franval concedió su aprobación en su respuesta a todo lo que la hija le dijo, y ésa fue la última carta

que recibió de ella y la última que escribió. El siguiente correo no trajo ninguna; Franval estaba ansioso; en el próximo correo no tuvo mejor suerte, se desesperó, y puesto que su agitación natural no le permitía seguir esperando, trazó el plan de ir a Valmor personalmente para conocer la causa de los atrasos que tan cruelmente lo atormentaban. Montó a caballo, seguido de un fiel criado; debía arribar dos días más

tarde, muy adentrada la noche para que nadie lo reconociera; a la entrada de los bosques que rodean el castillo de Valmor, que se unen a la Selva Negra hacia el este, seis hombres armados detuvieron a Franval y a su lacayo; le exigieron su talega; los delincuentes estaban bien informados, sabían con quién estaban hablando, sabían que Franval, que estaba pasando por dificultades, nunca se desplazaba sin dinero y una gran cantidad de oro... El criado ofreció resistencia y cayó sin vida al lado de su caballo; Franval, con la espada en la mano, se apeó, se precipitó sobre los desdichados, hirió a tres de ellos y se vio rodeado por los restantes; le robaron cuanto tenía, y aunque no lograron arrancarle el arma, los ladrones huyeron tan pronto como lo despojaron; Franval los siguió, pero ellos eran veloces como el viento a pesar del botín y los caballos y fue imposible saber qué dirección habían tomado.

Era una noche horrible, soplaban el viento norte y había granizo... todos los elementos parecían haberse desencadenado en contra de este hombre... Hay casos en que la naturaleza se rebela ante los crímenes del hombre que persigue y desea abrumarlo, antes de volver a tomarlo para sí, con todos los flagelos que tiene en su poder... Franval, medio desnudo, pero sosteniendo todavía en la mano su espada, salió de este lugar fatal lo mejor que pudo y se encaminó hacia Valmor. No conocía muy bien los alrededores de una propiedad que sólo había conocido recientemente, y se perdió entre los oscuros senderos del bosque que le eran totalmente desconocidos... Muerto de cansancio y dolor... devorado por la ansiedad, torturado por la tormenta, se arrojó al suelo y allí aparecieron en sus ojos las primeras lágrimas que derramaba en su vida...

“Soy un desgraciado –gritaba–, ahora todo se combina para aplastarme... para hacerme sentir remordimientos... la mano de la desventura hace que éstos penetren mi alma; engañado por los placeres de la prosperidad, nunca los tuve en cuenta... ¿Oh, vos, a quien tan penosamente he ultrajado, vos que quizá en este momento ya os habréis convertido en víctima de mi furia bárbara!... Esposa adorada... el mundo se glorificó con vuestra existencia, ¿todavía cuenta con ella? ¿La mano del cielo ya ha terminado con mis horribles empresas? ¡Eugenia! Hija demasiado crédula... indignamente seducida por mis horribles artificios..., ¿la naturaleza ha calmado vuestro corazón? ¿Han terminado ya los crueles efectos de mi ascendencia y vuestra debilidad? ¿Ha llegado el momento? ¿Ha llegado el momento, justo cielo?”

De repente, el plañidero y majestuoso sonido de varias campanas que sonaban lúgubramente hacia las nubes, se sumó el horror de su destino... Se alarmó y sintió miedo.

“¿Qué oigo? –gritó, mientras se ponía de pie...-. Bárbara niña... ¿es la muerte? ¿Es la venganza? ¿Son ésas las furias del infierno que llegan a completar su trabajo? ¿Qué me dicen esos sonidos? ¿Dónde estoy? ¿Los oigo? Oh, cielo, completa el castigo de mi culpa...”

“Dios todopoderoso –gritó al postrarse–, déjame que sufriente sume mi voz a las de los que te imploran en este momento... mira mi remordimiento y Tu poder, perdóname por haberte descuidado... y dignate concederme los deseos... ¡Los primeros deseos que me atrevo a presentarte! Ser Supremo... protege la virtud, protege a quien tiene de Ti la más hermosa imagen en éste mundo; que esos sonidos, ¡ay!, esos melancólicos sonidos, no sean los que temo.”

Y Franval, que estaba perdido, sin saber lo que hacía ni adónde iba, mientras profería palabras incoherentes, se encaminó por el sendero que ante él se extendía. Luego oyó a alguien, volvió en sí, prestó atención... Era un jinete...

“Quien seáis –gritó Franval, mientras se dirigía hacia él...–, quien quiera que seáis, compadeceos de un hombre desdichado a quien la pena descarría .. Estoy dispuesto a matarme... Decidme, ayudadme, si sois un hombre que puede conmiserarse... Dignaos salvarme de mí mismo.”

“¡Cielos! –replicó una voz harto conocida por Franval –, ¡qué, vos aquí... Cielos, alejaos!”

Y Clervil... era él, era aquel digno mortal que había escapado de las cadenas de Franval, a quien el destino enviaba hacia el desventurado, en el momento más triste de su vida... Clervil se apeó del caballo y se lanzó a los brazos de su enemigo.

“¿Sois vos, señor? –preguntó Franval mientras estrechaba al sacerdote contra su pecho–, ¿sois vos, ante quien debo reprocharme tan horribles hechos?”

“Calmaos, señor, calmaos; me estoy liberando de las desgracias que hasta hoy me rodearon, ya no recuerdo cuales me trajeron, si el Cielo me permite seros útil... y os seré útil, en una forma cruel, sin duda, pero necesaria... Sentémonos... echémonos a los pies de este ciprés, sólo sus dolientes hojas pueden hacer ahora una corona que os convenga... ¡Oh, querido Franval, cuántas desgracias debo narraros! Llorad, amigo querido, las lágrimas os aliviarán, y todavía debo exprimir lágrimas más amargas de vuestros ojos... Los días de placer han terminado... para vos han desaparecido como un sueño, sólo os quedan los días de sufrimiento.”

“Señor, os comprendo... esas campanas...”

“Llevarán a los pies del Ser Supremo... el homenaje y votos de los acongojados habitantes de Valmor, a quienes el Eterno solo permite conocer un ángel para compadecerse de él...”

Franval volvió la punta de la espada contra su pecho y a punto estuvo de terminar con su vida. Pero Clervil evitó este furioso hecho.

“No, no, amigo mío –gritó–, no debéis morir sino hacer buenas acciones. Escuchadme, tengo mucho que deciros, y se necesita calma para escucharlo.”

“Hablad, señor, os escucho; enterrad lentamente el puñal en mi corazón, corresponde que yo sea atormentado en la misma forma que traté de hacerlo con los demás.”

“Seré breve en lo que me concierne, señor –dijo Clervil–. Después de algunos meses de horrible prisión en la que me sumergisteis, tuve la suerte de poder influir a mi carcelero; me abrió las puertas; le pedí esconder con el mayor cuidado la injusticia que os habíais permitido en mi contra. No hablará de ello, señor, querido Franval, nunca hablará de ello.”

“Oh, señor.”

“Escuchadme, os repito, tengo muchas otras cosas que contaros. Una vez que volví a París, supe de vuestra huída... vuestra partida... compartí las lágrimas de madame de Farneille... Eran más sinceras de lo que podréis creer; me uní a esta digna mujer para influir sobre madame de Franela para que nos entregara a Eugenia, su presencia era más necesaria en París que en Alsacia... Le habíais prohibido salir de Valmor... os obedeció, nos mandó estas órdenes, nos habló de su renuncia a desobedeceros; vaciló tanto como pudo... fuiste condenado a muerte, Franval, esa condena pesa sobre vos. Vas a ser decapitado, como si fuerais asaltante de caminos: ni los ruegos de madame de Farneille ni la dedicación de vuestros parientes y amigos pudieron apartar de vos la espada de la justicia; habéis sucumbido, estáis destruido para siempre... arruinado... vuestras pertenencias han sido embargadas... –Franval se enfureció por segunda vez–. “Escuchadme señor, escuchadme, os pido como reparación de vuestros crímenes, os ruego en nombre del Cielo que vuestro arrepentimiento puede todavía desarmar. En aquel momento escribimos a madame de Franval, le dijimos todo; su madre le informó que como su presencia se hacía indispensable, me enviaba a Valmor para ayudarla a decidir una partida definitiva; partí inmediatamente después que la carta; pero lamentablemente llegó antes que yo; era demasiado tarde cuando arribé... vuestro horrible complot había tenido gran éxito; encontré a madame de Franval moribunda... ¡Oh, señor, qué mujer ruin! Pero vuestro estado actual me conmueve, dejo de reprocharos vuestros crímenes. Escuchadlo todo. Eugenia no podía soportar aquello su arrepentimiento, cuando yo llegué se evidenció en lágrimas y amargos sollozos... Oh, señor, cómo puedo describiros los crueles efectos de esas situaciones... Vuestra esposa moribunda... desfigurada por las convulsiones y el sufrimiento... Eugenia, por una vez con sentimientos naturales, profería horribles gritos, se acusaba, invocaba la muerte y deseaba quitarse la vida a los pies de aquellos a quienes imploraba, y se aferraba al pecho de su madre, trataba de recibirla con su aliento, calentarla con sus lágrimas, conmoverla con sus remordimientos; ese fue, señor, el terrible espectáculo que encontraron mis ojos cuando entré en vuestras dependencias, madame de Franval me

reconoció... me apretó las manos... las mojó con sus lágrimas, pronunció algunas palabras que escuché con dificultad, apenas podían oírse a causa de las palpitaciones provocadas por el veneno... se excusó ante mí... imploró al cielo por vos... sobre todas las cosas rogó por el perdón de su hija... Ya veis, bárbaro, los últimos pensamientos, los últimos votos de aquella que destruíaís fueron por vuestra felicidad. Le brindé todos mis cuidados; impartí órdenes entre vuestros sirvientes, llamé a los más renombrados médicos... traté de consolar a vuestra Eugenia; conmovido por su horrible estado, pensé que no podía negarle consuelo; pero fracasé; vuestra esposa expiró entre temblores e indescriptibles tormentos... en ese último momento, señor, puede presenciar uno de los repentinos efectos del remordimiento que hasta ese momento había desconocido. Eugenia se precipitó sobre su madre y murió con ella; creímos que sólo se había desvanecido... No, todas sus facultades se habían extinguido; sus órganos habían sido absorbidos por la situación y habían sido aniquilados al mismo tiempo, había muerto realmente, de remordimiento, de pena y desesperación... Si, señor, las habéis perdido a ambas; y las campanas que todavía tañen son en honor simultáneamente a dos criaturas, ambas creadas para vuestra felicidad, a quienes vuestros crímenes han hecho víctimas de su apego a vos, y sus imágenes, manchadas de sangre, os perseguirán hasta la tumba,

”¿Oh, querido Franval, estaba equivocado cuando os urgí en el pasado para que salierais del abismo adonde vuestras pasiones os arrojaban; y vais a acusar y despreciar a aquellos que se ponen de parte de la virtud? ¿Se equivocan al pagar tributo en su santuario cuando ven el pecado rodeado de tantos problemas y flagelos?”

Clervil guardó silencio. Miró a Franval; lo vio petrificado por la pena; sus ojos estaban fijos y las lágrimas caían en ellos, pero sus labios carecían de expresión. Clervil le preguntó por qué estaba casi desnudo, y Franval le explicó brevemente.

“Señor –gritó este generoso mortal–, cuán feliz soy, aún en medio de los horrores que me rodean, de poder por lo menos mitigar vuestro estado. Iba a veros a Basilea. Iba a deciros todo, iba a ofreceros lo poco que poseo... aceptadlo, os lo ruego; no soy rico, lo sabéis, pero aquí hay cien luses, son mis ahorros y todo lo que poseo... os ruego que...

“Generoso hombre –gritó Franval mientras abrazaba las rodillas de este raro amigo–, ¿me los dais? Cielo, ¡caso necesito algo después de las pérdidas que he sufrido! Y vos, a quien tal mal he tratado... vos acudís en mi ayuda.”

“¿Debemos recordar los insultos cuando la desgracia abrumba a quien nos ha insultado? La venganza que en este caso se le debe infligir, es consolarlo; ¿y por qué abrumarlo nuevamente cuando sus reproches nos despedazan?... Señor, es la voz de la naturaleza; podéis ver claramente que la sagrada adoración de un Ser Supremo no la contradice como solíaís imaginar, puesto que el consejo que uno inspira es la sagrada ley de la otra.”

“No –replicó Franval mientras se ponía de pie– ; no, señor, ya nada necesito; al dejarme el Cielo esta última posesión –dijo mientras señalaba su espada–, me enseña el uso que de ella debo hacer... –la observó– es la misma, sí, querido y único amigo, es la misma arma que mi angelical esposa tomó una vez para hundir en su pecho, cuando la abrumada con mis horrores y calumnias... es la misma... quizá encuentre todavía en ella alguna huella de su sangre sagrada... la mía propia deberá borrarla... sigamos caminando... hasta llegar a un chalet donde pueda confiaros mis últimos deseos... y luego nos separaremos para siempre.”

Siguieron caminando. Buscaron un atajo que pudiera llevarlos a alguna casa... La noche todavía envolvía los bosques oscuros... se escuchaban cánticos melancólicos, la luz tenue de las teas dispersó de repente la oscuridad y tiñó todo de un brillo de horror que sólo podía ser concebido por almas sensibles; el sonido de las campanas aumentó; a estos sonidos penosos, que todavía se oían apenas, se sumó el trueno que hasta ese momento había guardado silencio, y fundió sus rugidos con los fúnebres sonidos. El rayo que siguió al trueno, y que eclipsó por un momento la luz siniestra de las antorchas, parecía disputar con los habitantes de la tierra el derecho de conducir a la tumba a la mujer acompañada por ese cortejo; todo inspiraba horror, todo era desolación... parecía el luto eterno de la naturaleza.

“¿Qué es eso?” –gritó Franval, emocionado.

“Nada” –contestó Clervil, mientras lo tomaba de la mano y lo desviaba del sendero.

“¿Nada? Me engañáis, quiero ver qué es eso.”

Se apresuró... vio un ataúd:

“¿Dios mío! –gritó–, es ella, es ella, que Dios me permita volver a verla...”

A pedido de Clervil, quien vio que era imposible calmar a aquel infeliz, los sacerdotes se alejaron en silencio... Pero Franval se arrojó sobre el ataúd, sacó de él los tristes restos que tan profundamente había ofendido; tomó el cuerpo entre sus brazos, lo depositó al pie de un árbol, y se tendió sobre él llevado por el delirio de la desesperación.

“Oh, vos –gritó fuera de sí–, cuya vida extinguí con mis bárbaros hechos, criatura que todavía idolatro, mirad a vuestro esposo que se atreve a rogar a vuestros pies que lo perdonéis; no creáis que lo hago para reviviros, no, es para que el Dios Eterno, conmovido por vuestras virtudes, pueda condescender a perdonarme como os perdona... necesitáis derramamiento de sangre querida esposa, la necesitáis para ser vengada... lo seréis... mirad mis lágrimas, y mi arrepentimiento, voy a seguiros, sombra adorada...”

pero ¿quien recibirá mi alma asesina si no intercedéis por mí? Rechazado por Dios como por vos misma, queréis que sea condenado a terribles tormentos en el infierno, cuando me arrepiento tan sinceramente de mis pecados? Perdonadlos, corazón amado, y ved ahora como los vengo.”

Con estas palabras, Franval escapó de Clervil y atravesó su cuerpo dos veces con la espada que sostenía; su sangre impura cubrió a la víctima y más pareció envilecerla que vengarla.

“Oh, amigo mío –le dijo a Clervil–, me muero, pero en medio del remordimiento... Hablad a los que quedan, de mi deplorable final y de mis crímenes, decidles que es así como el esclavo melancólico de las pasiones debe morir, el que ha sido lo suficientemente bajo como para sofocar en su corazón el clamor del deber y la naturaleza. Permitidme compartir el ataúd de mi desventurada esposa, sin mi remordimiento también lo hubiera merecido, pero todo esto me hace digno de él, y yo lo pido. Adiós.”

Clervil ejecutó los deseos del infeliz, el cortejo se puso nuevamente en camino; pronto un lugar de descanso eterno engulló para siempre a los esposos que habían nacido para amarse, hechos para la felicidad, y que hubieran podido gozar de ella sin remordimiento si el crimen y sus terribles desórdenes, bajo la mano culpable de uno de ellos, no hubiera transformado en serpiente todas las rosas de su vida.

El honrado eclesiástico pronto hizo llegar a París los horribles detalles de las distintas catástrofes. Nadie se inmutó por la muerte de Franval, su vida había traído tantos trastornos, pero su esposa fue lamentada muy amargamente ¿acaso pudiera haber otra criatura más preciosa y atractiva ante los ojos del mundo, que ésta que sólo había valorado, respetado y cultivado las virtudes terrenas para encontrar, a cada paso, desventuras y penas.